

**Gay discreto
busca
hetero curioso**



Título original:

Gay discreto busca hetero curioso: pulsiones homosexuales que habitan la ciudad.

Movimiento Maricas Bolivia.

Roberto Condori Carita

Edgar Soliz Guzmán

Edición y corrección de estilo:

Helen Álvarez Virreira

Fotografías:

Huscar I. Pinto Saracho.

Con el apoyo de:

Unión Europea e HIVOS.

Fondo de apoyo al fortalecimiento cultural. Proyecto adelante con la diversidad sexual: cambio e innovación social para el ejercicio pleno de los derechos LGBTI.

La Paz, Bolivia - 2018

Índice

La soledad de los <i>pobres hombres pobres</i>	07
Callejeando la vereda del <i>darkroom</i>	08
La soledad de los <i>pobres hombres pobres</i>	12
Esos refugios rotos del amor homosexual	18
Un Oasis de cuerpos ausentes	25
Las afueras del Oasis	25
La entrada	27
El camino hacia el placer	30
“La 5”	30
Sin navidad	34
“No soy loca”	38
Un trío de dos	40
Adiós Fredy	42
Lo que el <i>Grindr</i> no muele	47
Todos mienten: perfiles de <i>Grindr</i>	49
Algunas verdades	51
Locas y afeminados, no ¡por favor!	52
Cero gordos	54
Viejo lobo de closet	58
VIH+24	61
Los que no se dejan moler por el <i>Grindr</i>	61

Joder lo público. <i>Los cruisers</i> del cine XXX	65
Martes 7 de noviembre de 2017	65
Viernes 10 de noviembre de 2017	66
<i>Cruising</i> como acto de rebeldía	66
Cine porno	67
Oscuridad y sexo explícito	70
Miradas calientes	72
Siempre en la noche ¿no es cuándo los <i>cruisers</i> salen?	76
Los baños	78
Sanitizado	85
“Sanitizado”, mapear esa geografía del deseo maraco	86
<i>Voyeur, cruising y glory hole</i> o mirar, joder y chupar:	
instrucciones para abrir el ano correctamente	92
Ser la fiesta de los hombres, todos los hombres	98



**La soledad de los
*pobres hombres pobres***

La soledad de los *pobres hombres pobres*

La ciudad, si no existe, la inventa el bambolear homosexual que en el flirteo del amor erecto amapola su vicio.

Pedro Lemebel / *Loco afán, crónicas del sidario.*

Todo el porno duro acaece en el deseo de los *pobres hombres pobres*. El cine porno es la medida de esos hombres que, dispuestos a extraviarse en el *close up* pornográfico, ocultan sus miserias para deleitarse en el trozadero de imágenes que violenta su reducido imaginario sexual. Entonces, la película porno es la historia individual de esa masculinidad fabulada. Por eso es inevitable recordar esas películas con las que eyaculamos por primera vez o esas otras, toda la serie filmica de *Taboo American Style*, con las que compartimos nuestras primeras masturbaciones colectivas. Ahí por los noventa, mientras mis amigos se corrían en la cara de Kay Parker, yo, entre miedo, vergüenza y desfachatez, me corría en la cara de todos ellos, observando sus gestos dolorosos, la torpeza de sus manos y lo abundante de sus sexos. Lo demás era complicidad “heterosexual”, una ceremonia a la que cada uno asistía con una sola preocupación: prolongar su orgasmo, como cuando fantaseaba con Rocco Siffredi y lo descomunal de su personalidad en *Tarzán XXX*.

Volver al porno para (d)escribir mi homosexualidad. Retornar a la colectividad masculina para tratar de entender qué historias personales cargan estos hombres que se reúnen, tarde tras tarde, para oficiar ese rito licencioso en el que se abstraen. Reintegrarse al Api-video¹ para sentir lo anacrónico de ese deseo que circula mientras la lengua relame los labios, la mano acomoda el paquete y otra se agita frenéticamente al amparo de una ligera taquicardia que marca el ritmo de la tarde. Sentir la extrañeza humana y salir de la facilidad virtual de youporn.com o xvideos.com para excitar ese deseo en la mirada de los hombres que desean a su vez el deseo que miran, en el

¹ Salas de video, ubicadas en el barrio Chino de la ciudad de El Alto, donde se exhiben películas de acción, comedia, drama y pornográficas. Al inicio, finales de los ochenta, estos negocios congregaban a familias enteras donde, además de ver una película, se servían api con pastel, gelatinas, refrescos, sándwiches, hamburguesas, etc. Desde la primera década del dos mil su principal clientela son hombres y la sala más visitada es la de películas pornográficas.

primer plano de ese ojo-vagina, ojo-ano, ojo-glande, que observa. Abismarse en esa sensación y conjurar a los homosexuales de atrás que, erectos, dilatados y ansiosos, entienden que en cualquier momento ese deseo salpicará sus labios y por eso esperan por los hombres que, flácidos, no logran contener esas excitaciones. Otros, en cambio, empiezan su propia fiesta con restos de carne que se ofrece para el hambre de los menesterosos. Atrás, siempre en la oscuridad y conteniendo sus gemidos, esos homosexuales se celebran en la urgencia del sexo que dura el *post meridiem* de sus días.

Callejeando la vereda del *darkroom*

Toda ciudad es un *darkroom* homosexual². Toda urbe congrega en sus calles subjetividades de diversa estirpe que se acomodan al ritmo acelerado de sus pasos. En esa medida, estas subjetividades habitan la ciudad con sus deseos, aspiraciones que recrean en su imaginario y pasiones de las que disponen para pensar y hacer la ciudad. El caos en el que se ordena es el espacio propicio para disponer de ese deseo rizomático que, como apetito imperecedero, activa una maquinaria deseante que transita mientras mira, habita mientras toma y trasciende mientras sucede. Los cuerpos se sobreexponen a sus sentidos más finos para ahuyentar la modorra de la metrópoli y reavivar, eróticamente, pulsiones no heterosexuales que conviven en el desorden de una fiesta que acontece en tanto dura la ciudad.

Por eso es fácil esquinear la calle para el maraquero³ que se asoma conjurando un deseo pecuniario, que fenece en el momento de la felación y el vicio sodomita. O transitar la plaza

² Juan Pablo Shuterland en su ensayo “Ruta vigilada: ciudad erótica y políticas de higiene sexual”, de su libro *Nación Marica*, afirma que Santiago de Chile es un “gran cuarto oscuro” en el que fluyen deseos y sexo homosexual en diferentes espacios que, sin embargo, están siendo amenazados por políticas de urbanidad e higiene social y por la modernidad citadina.

³ En la jerga de ambiente, lenguaje homosexual, el maraquero es el sujeto hipermasculino que accede a relaciones, afectivas o sexuales, con homosexuales, a cambio, por lo general, de favores económicos.

pública, tímidamente, a la espera de esos hombres heteroflexibles⁴ que se sumergen en lo cutre de un alojamiento donde lo último que preguntan es el nombre. Pero la ciudad despierta a ese ardor homosexual cuando esos hombres, en mancomunidad homosocial, comparten sus orines compitiendo por saber quién orina más lejos, quién ha tenido más sexo o quién es el más dotado, en tanto se sobreentienden a través de la mirada. Detrás, otros hombres ocupan cubículos deshaciéndose en la carne del amante que apura la embestida, porque varios más esperan su turno para comer donde solo ellos comen. Comen y se dejan comer en la ciudad que se abre a los vapores del sauna, los toqueteos de entrepierna en cabinas de Internet y en el cine porno, donde la oscuridad ya no es una metáfora de silenciamiento, porque el deseo homosexual reinventa la oscuridad desde la estridencia de un placer desobediente. La calle misma propicia la sinergia homoafectiva del sexo apremiante que se esconde, como se muestra, entre toldos abandonados en casetas azules y escondrijos de la calle, donde la imagen de nalgas expuestas es un flash que ovaciona su urgencia.

Recorrer la ciudad de El Alto supone transitar el cuerpo de un viejo homosexual mañoso. Leer sus cicatrices, descifrar sus heridas, apartar pliegues de piel para descubrir sus secretos, tomar su cuerpo como quien toma la cartografía del deseo homosexual para cohabitarlo. Quizá la esencia de su homosexualidad radica en lo compulsivo de la Ceja, lugar de tránsito, casi un no lugar donde confluye todo y donde confluyen todos, el cuerpo ciudad-ano, siempre de ida o de retorno, activo y pasivo. Si la ciudad es un *darkroom* homosexual, la Ceja es el *rectum* donde circulan esos “amores que no se atreven a decir su nombre”, pero sí la medida de su carne.

Y es que la Ceja congrega la erótica de estos cuerpos que se encaraman en esta parte de la ciudad que no duerme sino en el pestañeo de placeres irrefrenables. Y callejeando, a lo *flaneur* desvergonzado, en pleno Barrio Chino o el Tokio de la ciudad de El Alto, ubicado en la transición

⁴ Sujeto heterosexual que ocasionalmente entabla relaciones sexuales con otros hombres y se niega a reconocerse como homosexual. Es flexible e insiste en su categoría de “hombre heterosexual”.

entre la Ceja y Villa Dolores, donde lo lumpen es la otra metáfora del paisaje moderno de la ciudad, se ofrece porno de primer mundo por el precio módico de tres bolivianos. Los “Api-videos”, ayer espacios familiares como cine de domingo y hoy salas de video saturadas de hombres solitarios, son los imperios del porno *made in* EEUU. Espacios que fomentan el ocio, quizá la única conquista de la modernidad, y el porno heterosexual en televisores de pantallas planas de 52 pulgadas con sonido *dolby digital stereo* al mínimo y asientos de madera no reclinables, no acolchados y tremendamente incómodos. Espacios que emulan, tontamente, salas de cine del primer mundo, donde la miseria duerme su borrachera para hacer pasar el *chaqui* y otros rematan, ahí mismo, su consuetudinaria esperanza. Retrato anacrónico de una sociedad desheredada que consume pornografía como “*fast food* de la industria cultural”⁵ en promociones del canal Venus que vende su carne gringa y su arrogancia primer mundista para estos hombres, casi mancos, a quienes solo se les permite mirar. Mirar y no tocar.

Aquí, en los Api-videos del subsuelo, el descenso es una travesía fantástica, porque el sótano, al que se reserva el espacio, arrastra a toda la indigencia humana de una sociedad que les niega un estertor orgásmico y los abandona a su oscuridad. Aquí, donde lo malsano revive a sopapos, porque el hedor es insoportable, un hedor a pies-axilas-esmegma-hombre desborda la negrura de sus pasiones, mientras la blanquitud americana lisonjea sus poluciones. Aquí, como vicio de colectividad hombruna, los machos se dan palmaditas en la espalda y miran de reajo sus erecciones irritadas de tanto inmovilizarlas. Aquí, sumado a ese imaginario sombrío, el deseo homosexual despierta en ese vaho pestilente que avizora, con su gesto amanerado, la humedad fálica que alimenta esas bocas famélicas.

⁵ Flavia Puppo, en el libro *Mercado de deseos, una introducción en los géneros del sexo*, analiza la industria pornográfica como un producto de consumo masivo, barato en tal sentido, que logra instalar un “modelo de construcción cultural del placer”.



Sentir la extrañeza humana y salir de la facilidad virtual de youporn.com o xvideos.com para excitar ese deseo en la mirada de los hombres que desean a su vez el deseo que miran, en el primer plano de ese ojo-vagina, ojo-ano, ojo-glande, que observa.

La soledad de los *pobres hombres pobres*

La oscuridad es una regla fundamental en los Api-videos. La otra regla es sumergirse en ella aguzando los sentidos para acomodarse a su penumbra. La única luz en los ambientes es la que proyecta cada película sobre el rostro de sus ocasionales clientes, hombres que conviven y comparten la sensibilidad de sus erecciones nauseabundas o el letargo de ese cáncer prostático por el que orinan como sangran. Es difícil descifrar cómo es que estos *pobres hombres pobres* se congregan alrededor de 12 horas continuas para fantasear el porno gringo como la medida de su mayor deseo, abandonan la cotidianidad malsana y se sumergen en la desidia. Todo acontece al amparo de esta ceremonia en la que los asistentes, en mancomunidad homosocial, se confirman hombres ante cada arremetida de ese gigantesco pene gringo que se introduce en el ano o la vagina de mujeres limpias que increpan, directamente, sus desdichas.

Conejitas playboy - anal, Tetonas al pelo, Colegialas ardientes y un sinnúmero de títulos conforman la cartelera de una jornada en los Api-videos a medida que los hombres van desfilando a lo largo del día. Los videos no duran más de 20 minutos y su trama es sencilla: la pareja se encuentra en una habitación o un ambiente externo, se acercan, se besan y toquetean. El semental-gringo desviste a la rubia-tetona. Primera sesión de sexo oral a la rubia-tetona que logra abrir toda su vagina y comienza a gemir. Segunda sesión de sexo oral al semental-gringo que viene erecto desde el principio del video. Coito de misionero, coito de patitas al hombro, coito de perrito, coito de cucharita. El semental-gringo eyacula en el rostro de la rubia-tetona, esta recibe todo el semen en la cara con la satisfacción de quien ha cumplido su jornada. Nadie traspira, a la rubia-tetona no se le corre el maquillaje y al semental-gringo no se le baja la erección ni un segundo. Todo es perfectamente higiénico y hermoso que dan ganas de llorar de la pulcritud, la belleza y la sincronización alcanzada.

En la sala los hombres se dividen en varios tipos; uno puede intuir a lo que vienen por la seguridad o inseguridad de su comportamiento. Unos, urgidos en su mayoría, ingresan violentamente a la



Todo acontece al amparo de esta ceremonia en la que los asistentes, en mancomunidad homosocial, se confirman hombres ante cada arremetida de ese gigantesco pene gringo que se introduce en el ano o la vagina de mujeres limpias que increpan, directamente, sus desdichas.

sala y ocupan los asientos de adelante o, en su defecto, los asientos que les permitan un mejor panorama. No les interesa identificar a sus compañeros y mucho menos que otros se masturben descaradamente o por debajo del pantalón o que se encuentren en ardores coitales con sus pares. Estos no se pierden los detalles de cada centímetro corporal de esas mujeres a las que pueden llegar solo a través de estos videos. Atentos, como quien le saca factura al precio del boleto, se yerguen y alzan la cabeza para no perderse el video completo. A veces silban y reclaman cuando hay demasiado tiempo de propaganda entre video y video. Probablemente, estos hombres llegarán a sus casas, tomarán a sus mujeres en el silencio acostumbrado de la noche, mientras sus hijos e hijas duermen hacinados en la misma habitación. Se moverán tres, cuatro o cinco veces, y eyacularán dentro de sus mujeres. Estas se bajarán las enaguas, con la monotonía acostumbrada, y pensarán en el embarazo como quien debe pensar en reunir el alquiler de todos los meses. Ellos, en cambio, se sentirán satisfechos y no se molestarán en limpiarse, recordarán a la rubia-tetona, sonreirán y se dormirán despreocupados.

Otros, perdidos en su borrachera o narcotizados de tanta clefa, atraviesan la puerta tambaleándose. Para estos los demás hombres no existen si no como posibles víctimas, eso cuando no están tan borrachos. Logran alcanzar algún lugar en los extremos y se tumban para dormir su borrachera, mientras escuchan, entre sueños y visiones, la estridencia de un orgasmo femenino que no entienden ni saben cómo se escribe. Duermen lo que tengan que dormir para reaccionar un poco, de dos hasta cuatro horas en las que ocupan largamente una hilera completa de asientos. Son la podredumbre en persona y el hedor de la sala que incomoda a los otros hombres, pero que se acostumbran, o lo ignoran, por la necesidad de observar el video completo. A estos hombres los despertarán los encargados de la sala y los echarán amenazándoles en no dejarles ingresar la siguiente vez, hecho que olvidarán a los diez minutos. Saldrán a la calle, un poco repuestos, para merodear por cantinas donde encontrarán amigos que les inviten de su alcohol y su clefa. Perdidos nuevamente vagarán entre botaderos de basura y esquinas aglomeradas de hombres y mujeres para quienes no se les acaba la noche. Se arrimarán a ellos como perros leales para calentarse.



Aquí, en los Api-videos del subsuelo, el descenso es una travesía fantástica, porque el sótano, al que se reserva el espacio, arrastra a toda la indigencia humana de una sociedad que les niega un estertor orgásmico y los abandona a su oscuridad.

Despertarán y vagarán nuevamente, robarán, pedirán limosna, volverán a esos bares y luego a los Api-videos para ser echados nuevamente.

Los terceros, discretos⁶, se detienen en la sala previa, observan la película y se percatan de que no existan personas esperando ingresar a la sala para adultos. Se acercan a la puerta, que en realidad es una tela azul raída, observan la sala levantando un poco la tela, analizan e ingresan pausadamente. Se detienen al extremo izquierdo de la puerta, toman aire y reconocen a todos los otros hombres. Observan minuciosamente esos rostros, que se esfuerzan en ocultarse, les dedican especial atención a los que ocupan los últimos asientos. Uno por uno, observan sus rostros y tratan de ver lo que están haciendo. Los de la última fila los increpan analizándolos del mismo modo, tratan de reconocerlos, de adivinar su edad, su rol y dependiendo de si están gordos o flacos, jóvenes o viejos, atractivos o feos, les harán un espacio para que puedan acomodarse. Acomodarse a la colectividad homosexual que continúa la fiesta en las últimas tres hileras de asientos. Estos hombres no observan el video y si lo hacen es para fantasear con el pedazo de sexo del semental-gringo, calcular sus medidas y su habilidad para prolongar el ensarte coital. Si tienen suerte, estos hombres lograrán masturbar a otro y se masturbarán también ellos. Uno que otro se perderá en la entrepierna de cualquiera para mojarse los labios, habilidosamente, cada vez que ese miembro erecto lo requiera. Y si realmente tiene suerte, lograrán irse con alguno a los alojamientos de diez bolivianos que quedan alrededor de la zona, cogerán, pasiva o activamente, y se revolcarán en lo cutre de esos colchones de paja, rogando, a cualquier santo, que su amante les dure lo necesario antes de que el encargado toque la puerta para indicarles que su horario se ha cumplido. Ninguno recibirá un beso, no se enterarán de sus nombres y apenas recordarán sus rostros.

De vez en cuando, algunos hombres transitan por diferentes hileras de asientos logrando favores sexuales dependiendo del grupo. Así, lo que comparten entre todos es la necesidad y la urgencia

⁶ En la jerga de ambiente el discreto es aquel homosexual que cree ser hipermasculino, pasa por heterosexual, no tiene pluma (amaneramiento), es activo y no frecuenta ambiente (discotecas, bares o espacios homosexuales).



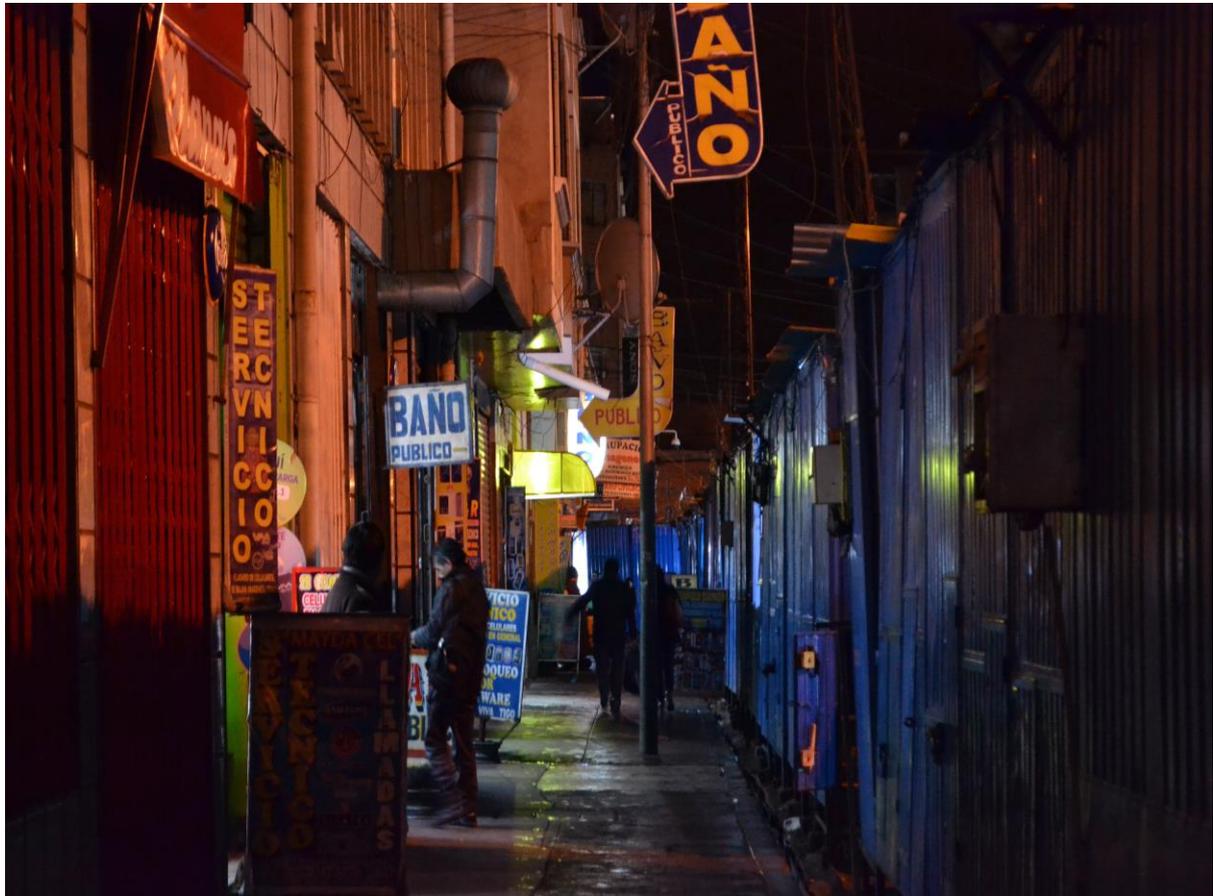
Pareciera ser que la moral ha socavado los Api-videos y que todos los homosexuales deben pasar por discretos para lograr triunfar en la sala. Así la ciudad cosmopolita, de urbanidad y buenas costumbres, va domesticando a esa torva homosexual que no renuncia, todavía no, a tomar estas salas como reducto de sus deseos.

de ver florecer una erección, mientras uno eyacula y el otro se limpia la boca para brincar a la siguiente fila de asientos. Pocas veces el sexo anal es protagonista en la misma sala, atrás quedaron esos tiempos en los que grupos desordenados de homosexuales estridentes, locas histriónicas, afeminados activos y travestis glamurosamente dotadas arrasaban con la soledad de los *pobres hombres pobres*. Pareciera ser que la moral ha socavado los Api-videos y que todos los homosexuales deben pasar por discretos para lograr triunfar en la sala. Así la ciudad cosmopolita, de urbanidad y buenas costumbres, va domesticando a esa torva homosexual que no renuncia, todavía no, a tomar estas salas como reducto de sus deseos.

Esos refugios rotos del amor homosexual

La primera vez en los Api-videos llegué con un amante para relajear y tratar de dormir la borrachera de la noche anterior; cuando desperté él ya no estaba, tampoco mi celular y mi billetera. La segunda vez vine con un amigo dispuesto a coger lo que nos deparará la tarde y terminamos tomando café y hablando de los amores fallidos en nuestros recorridos homosexuales. La tercera vez, mucho tiempo después, conocí a Williams y el amor tomaba forma en la oscuridad de un alojamiento por el que volvimos a pagar, dos veces más, para prolongar el calor de la noche. Lo demás era un juego de besos de negro, lubricaciones y felaciones ardorosas, esa madrugada que quisimos hacer del invierno nuestro refugio placentero.

Aquella noche la sala estaba congestionada y más oscura de lo normal. Me detuve en el pasillo a tantear esas presencias homosexuales que estaban en plena fiesta caníbal, entre tanto algunos, de mirones, se masturbaban tratando de alcanzar, de reojo, a los que estaban en plena faena. Los gemidos, apenas perceptibles, se mezclaban con los de la rubia-tetona de siempre y aumentaban en intensidad a medida que la actriz porno llegaba al orgasmo. Me preguntaba quiénes eran las verdaderas estrellas porno de la noche, si la pareja gringa de cuerpos de plástico que cogían con todas las luces blancas que magnificaban, aun más, sus cuerpos brillantes o esos otros homosexuales regordetes, morenos y pobres, de rastros indígenas, que hacían esfuerzos por no



Afuera la noche se enciende. Hacer como que no pasa nada y disimular la homosexualidad, pasar por discreto, esa es la regla. Toda la gente alrededor se hace de la vista gorda. Solo algunos homosexuales se animan a ofertar el cuerpo a lo largo de la calle 3, que hierve en la ilegalidad del comercio malandro, aun así disimulan, pasan por discretos y miran de reojo.

gemir y a quienes la oscuridad trataba de ocultar de esas miradas que, igual, magnificaban su deleite fogoso. Un olor a mierda comenzó a inundar el espacio, un olor insoportable al que todos nos acostumbramos por la necesidad física o afectiva que nos congregaba esa noche.

Williams tenía los ojos grandes y vivaces, era lo único que podía observar cuando coincidimos en la mirada. Al lado estaba otro hombre intentando alcanzarlo, se notaba su incomodidad cuando me devolvía la mirada como diciendo “sácame de aquí”. Pude observarlo, aguzando la vista, y comprobar que no tenía esa hermosura, divina y mística de Antínoo, ni mucho menos esa belleza andrógina y sobrecogedora de Tadzio, no. Williams tenía los rasgos duros y torpes del hombre andino, maltratado por el frío y el sol; su rostro moreno, de pómulos sobresalientes, brillaba en la oscuridad y le otorgaba un aire de un dios de ébano perdido en la altiplanicie boliviana. De fondo los gemidos de la rubia-tetona se escuchaban nuevamente y el gruñido del semental-gringo bañaba su cara por completo. Le devolví la mirada como diciendo “me gustas” y repitiendo para mí mismo “Deja el duro marfil de mi cabeza,/apiádate de mí, ¡rompe mi duelo!”⁷. Volvimos a coincidir e inmediatamente ingresó el encargado para encender la luz y ordenar que desocupáramos la sala. Nos miramos y asentimos con la cabeza, mientras todos se apresuraban a salir intentando ocultarse de los demás.

Afuera, en la sala de películas de acción, ocupé el segundo asiento. Williams estaba al otro lado, en el primer asiento. No dejábamos de observar al muchacho que se masturbaba en el asiento de adelante, sacando su miembro oloroso a vista y paciencia de todos. Llamé a Williams con la mirada y este se acercó a mi lado; sin dejar de observar ese miembro erecto que convulsionaba, puso su mano en mi muslo, acariciando y subiendo hasta la pelvis; sacó mi pene para observarlo y frotarlo suavemente. Le acaricié la espalda y le dije “salgamos”. En la calle buscamos un alojamiento sobre la calle 3, pasando la avenida Antofagasta, “todos estos alojamientos son baratos”, me decía y yo

⁷ Doceavo y treceavo versos del soneto “Ay voz secreta del amor oscuro” del libro *Sonetos del amor oscuro* de Federico García Lorca.

trataba de escudriñar su historia. En la habitación, totalmente a oscuras, me contó lo errático de sus amores, sus aventuras sexuales y su historia personal. Me aferré a él abrazándolo con fuerza y me correspondió el abrazo. Toqué las facciones de su rostro para recordarlo, le dije que me sentía como un ciego que quería palpar todo su cuerpo, cual si fuera una página de braille, y así leerlo y guardarlo en mi memoria. Nos besamos intentando destruirnos en el sexo y quedamos extenuados sin pensar en el frío que amenazaba nuestros cuerpos. Al despedirnos, intercambiamos números de celular y nos prometimos amor en la calle que, ajena a lo nuestro, se burlaba de lo fugaz de nuestras palabras.

Volví a ver a Williams en los Api-videos, siempre dispuesto a pagar cinco bolivianos por el alojamiento, besar en la boca y prometer amor en cada encuentro. Nunca nos vimos en otro lugar que no fuera esta sala y nunca fuimos a otro alojamiento que no fuera aquel que nos recibió a oscuras la primera vez. Alguna vez hablamos por celular y todo era tan llano y parco como dos amigos distanciados. El amor era la oscuridad y su ausencia el día que no llegó a los Api-videos. Esperé por él todas las veces que fui a encontrarlo, pero nunca más regresó. Conocí a Luis, Daniel, Rolando y Juan, cada uno con una historia diferente, cada uno parecido, de uno u otro modo, a Williams, sobre todo cuando decían que venían de los Yungas o que vivían por Río Seco. Estar con ellos me acercaba a Williams, escuchar su conversación sobre Yarita Lizet me recordaba a él. Otras veces me detenía a observarlo en el gesto de Daniel, como cuando asentía cerrando los ojos y sonriendo con la boca chueca. El día que comencé a olvidarlo confundí a Juan con Williams y este ni se inmuto ante mi torpeza, Williams habría hecho una escena de celos por semejante falta y se habría puesto en posición fetal dejando de hablarme. Entonces le habría abrazado y besado el cuello, le habría dicho que lo amo, con pasión y violencia, como cuando Rimbaud dispara en la mano de Verlaine. Se habría reído sin entender la referencia, no sin antes reclamarme un beso.

De ese beso hace más de un año y los Api-videos no han cambiado nada. Sin embargo, se ha instalado el tedio y la monotonía en el quehacer de estos homosexuales que lo chupan todo con tal de saciar sus bocas y los deseos que les queman. Luis ha venido a tocarme, recordándome que

es él y que está aquí, pero no retornará, nunca más. Tuve que apartarlo, porque me parece haber visto a Williams, pero solo es el recuerdo que no cabe en esta sala cada vez más fría, más hedionda y más abandonada. Me pregunto qué es el amor mientras el semental-gringo penetra analmente a la rubia-tetona y pregunta, observándonos, ¿quién es tu papi?, ¿quién es tu papi?, ¿quién es tu papi?

Afuera la noche se enciende. Hacer como que no pasa nada y disimular la homosexualidad, pasar por discreto, esa es la regla. Toda la gente alrededor se hace de la vista gorda. Solo algunos homosexuales se animan a ofertar el cuerpo a lo largo de la calle 3, que hierve en la ilegalidad del comercio malandro, aun así disimulan, pasan por discretos y miran de reojo. Las calles de la Ceja se abren como heridas que supuran miseria y la soledad regresa para instalarse indefinidamente. “¿Has visto la noche devorando un hombre...?”⁸.

⁸ Poema “Oído en la calle” del libro *Manchas de agua* del poeta ecuatoriano Roy Sigüenza.



**Un Oasis de cuerpos
ausentes**

Un Oasis de cuerpos ausentes

Es un Oasis que sobrevive al espejismo de la normativa legal boliviana sobre la homosexualidad, porque una gran mayoría de los gais que habitan esta ciudad, disque “*gay friendly*”, viven en la cultura de la discreción y la clandestinidad, cualidades que ofrece este alojamiento de categoría “B” al deseo homosexual. Por una tarifa de Bs 30, los amantes casuales o perennes escriben y reescriben sus historias en las sábanas de los catres e impregnan su autodeterminación corporal en las cuatro paredes de las habitaciones. Mientras allá afuera, la sociedad boliviana todavía penaliza cualquier práctica y sentir que salga de la heteronormatividad.

Las afueras del Oasis

Al lado norte de la ciudad de La Paz está la zona San Sebastián, en sus interiores el placer sexual se intensifica al caer la noche; este lado rosa de la ciudad está cundido de alojamientos destinados a las urgencias del cuerpo y también a las urgencias del cuerpo sodomita como diría Pedro Lemebel, urgencias que duran lo que dura un orgasmo. Son las cuatro y media de la tarde; en esta época del año (verano) el sol mira de frente y es imposible no verlo, como a Fredy, un chico gay de 25 años que propuso llevarme al Oasis; hice de cuenta que nunca derrame mi sudor en sus sábanas, será mi guía.

Hacia el norte, la acera izquierda de la avenida América ofrece un refugio del abrasante sol; por aquí está la mítica Kennedy, sus estrellas aún no brillan, es muy temprano todavía. Fredy, en su estilo de vestir, también mira al norte: una polera roja *Hollister*, pantalones apretados y rasgados, y unos tenis *Nike*; comenta que su familia no sabe de su orientación sexual, él espera terminar su carrera y que su emancipación no sea una utopía. “Miento a mi familia, porque no saben nada de lo que soy, pocos saben. Evito hablar del tema. Quiero independizarme primero”, sentencia. Minutos después, como haciendo honor a su clandestinidad, esquiva a las personas que se le presentan de frente.

Después de un ascenso por la avenida del pecado toca descender por una de las calles de esta zona rosa, ahí circula pulsión homosexual con más intensidad por las noches, sin embargo la imperante claridad del día no es para nada discreta.

“Los hoteles no permiten parejas de hombres enamorados en sus cuartos (aunque presuman de heterosexualidad, el recepcionista siempre tiene sus dudas)”, dice Roy Sigüenza en su poema “Escondites”, “para ellos están las casas abandonadas, el monte, los parques, los asientos traseros de los cines, los autobuses (las luces apagadas) hasta donde acude el amor, los llama y los acoge”. Sin embargo, estos espacios son más posibles en la noche y saciar el deseo diurno, cuando es más fuerte que la oscuridad, exige ciertos malabares. “Vamos a bajar hasta la esquina de la siguiente cuadra y yo me doy la vuelta y pediré la pieza, pero esperas un *cacho* y haces como que te llaman para no levantar sospechas y después entras al Oasis, ok”, dice David, un chico gay de 20 años.

Al ingreso de la calle hay dos prostitutas sentadas en la grada de la puerta de una casona vieja; son las guardianas de este Oasis. Estas esfinges del deseo, una chola y la otra negra, forman un oráculo que nos da la bienvenida. Ellas miran y parecen saber dónde pararán nuestros restos, y continúan con su conversación. Fredy dice: “Es aquí, ese letrero que dice Oasis, es ahí, yo bajaré primero y vienes tras mío, ok. ¿Tienes 15 (Bs.)?”

Las siete de la noche... es cuando los cuerpos maricas suelen salir en búsqueda de un refugio erótico y las afueras del Oasis mutan según como avanza la noche; la luz amarilla de las luminarias registra pocas almas que deambulan por la calle. “Antes, hace como 10 años, era más vacío; como el teleférico rojo está por ahí, más gente ya camina por esa calle, pero *las maricas* siguen viniendo por aquí, especialmente los que son muy discretos”, dice Juan Carlos de 37 años. “Cuando era más chango (se ríe) venía más seguido, es que no vivía solo, pero ahora muy pocas veces voy, recuerdo que algunos no conocían el alojamiento por su nombre, para que se ubiquen les decía: –Ese que está detrás de la cervecería–. ¡Ah! y recién se ubicaban”. Los 95 alojamientos legalmente establecidos y el más de un centenar de ilegales que existen en la ciudad de La Paz, ofrecen piezas

momentáneas más baratas que en el Oasis; sin embargo, quizá el ambiente solitario y discreto que ofrece es la clave de su supervivencia y no así la de sus fugaces huéspedes. Este “aloja”, como le dice Jorge, no necesita el cartelito “Todos somos iguales ante la ley”, ahí entran putas, putos, marginales, *closeteros*, heterosexuales pobres, infieles y demás, desde mucho antes del 2010, cuando en Bolivia se puso en vigencia la Ley N° 045, que prohíbe toda forma de racismo y discriminación. Él va cada que quiere desestresarse.

A siete años de la vigencia de la Ley 045, a Fredy no parece importarle la indiscreción del día, pero sí exige una distancia de siete pasos, él va por delante.

La entrada

Desde lejos se ve un letrero que dice Oasis y es bidireccional, lo que permite verlo de ambos lados; un Illimani y una ciudad gastada por el sol son las imágenes que acompañan a este mítico lugar del gueto homosexual paceño. El letrero se ilumina por la noche y destella fototaxia; atrae a cualquier pareja que quiera perecer ante el deseo. A pocos pasos del umbral se siente un fuerte olor a cera de piso mezclada con ambientador de aromas florales que seduce a cualquier mariposa o mariposón que pulula en sus afueras. En la entrada no se ve ninguna ventanilla de atención, típico centro de control de muchos otros alojamientos, más bien hay un pasillo de unos seis metros dividido por una pareja de puertas abatibles que cuelgan de un mismo marco, una de ellas siempre está abierta y la otra no; el pasadizo parece conducir a un fondo incierto, incierto para alguien que viene por primera vez. De repente Fredy enmudece, se comunica con señas: con el dedo índice apunta hacia la “esquina de la espera”, un espacio de un metro por un metro que está al lado derecho del portal principal, enfrente hay unas gradas imponentes; no es grato encontrarse a otra persona esperando en esa esquina.

“Justo ubiqué un tipo y me propuso ir a ese *aloja*; al principio tenía miedo porque no iba a esos alojamientos (hospedajes momentáneos), de esa manera conocí. Ese mismo tipo me dijo que los

dueños no se hacen líos que dos hombres entren ahí, después ya conocí. Es que parece nomás discreto y es medio vacía la calle”. Alex, 27 años. En efecto, los administradores no parecen hacerse ningún problema si dos hombres alquilan una habitación. Al final del pasillo, a mano izquierda, están quienes hacen posible el Oasis; son dos señores que bordean el medio centenar de años, uno de ellos siempre está detrás de un escritorio, el lugar es como una especie de oficina pública donde solo falta que te inviten a sentarte mientras te atienden; pero en esta oficina no existe la burocracia, todo es rápido, solo pides y te dan, la habitación por supuesto:

- Buenas noches. Me da una habitación momentánea...
- Buenas noches joven. Sí, su carnet por favor.
- ¿Cuánto es?
- 30 bolivianos
- A la cinco te vas a pasar ¿ya?... subiendo las gradas.
- ...

Esta conversación dura menos de 20 segundos y acaba cuando el administrador saca de una de las gavetas de su viejo escritorio un buen pedazo de papel higiénico, después vuelve a su rutina; con la televisión o la visita de algún amigo afronta la soledad de su trabajo. En otra ocasión, le consulté ¿no hay lío si entro con otro chico? El señor me responde con un seco, terminante y amable “no”, que no permite más conversación. Cuando pasan las nueve de la noche siempre fuma un cigarro y en ocasiones masca coca hasta formar una bola en un lado de sus mejillas. Sentado tras su buró y con los brazos encima del escritorio espera a sus huéspedes fugaces. Un lapicero, el estuche gris de una máquina de escribir antigua, un cuaderno de notas, un calendario del año que se acaba, están bien ordenados y arrinconados en el lado derecho del escritorio; los cuadros antiguos que se ven de fondo matizan este espacio. Todos estos elementos estáticos y vivientes están en armonía uno con el otro.



En la entrada no se ve ninguna ventanilla de atención, más bien hay un pasillo de unos seis metros dividido por una pareja de puertas abatibles que cuelgan de un mismo marco; el pasadizo parece conducir a un fondo incierto.

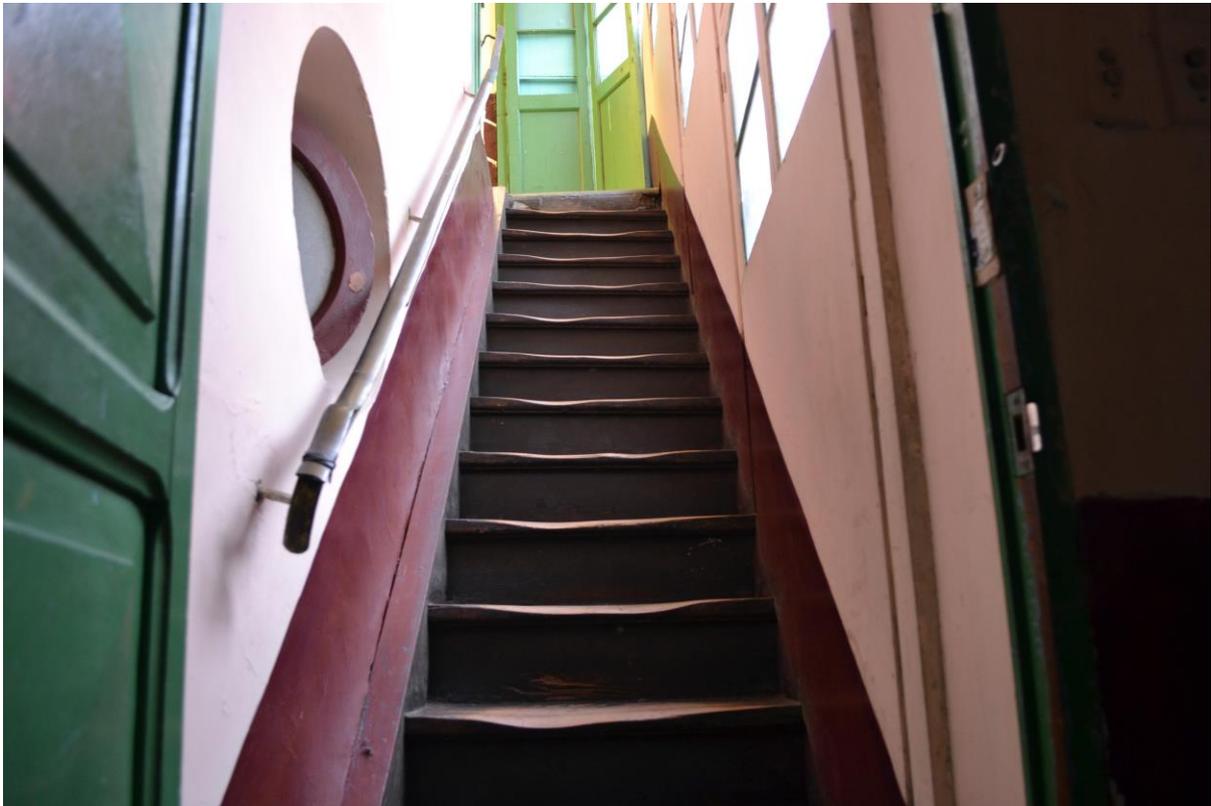
El camino hacia el placer

Después del encuentro con el administrador, Fredy aún no recupera el habla; mientras se acerca muestra la palma de su mano, no sabía si se refería a que “siga esperando” o me decía “dame cinco”, de cualquier forma fingí nerviosismo. Se acerca más y dice en voz muy baja: “La número 5, arriba”. Se adelanta nuevamente y deja una brisa perfumada fundida por el sol. Las gradas que conducen al primer piso del Oasis son de algo más de un metro de ancho, así que ir uno tras el otro es obligatorio; Fredy sube cada uno de los 15 escalones mostrando su delgado torso; los pantalones *jeans* rasgados por delante solo eran un señuelo para ocultar lo que hay atrás. Pocos segundos duró ese paseo de los ojos y llegamos al final de las gradas donde esperaba otra puerta que conduce al segundo piso, pero nuestro destino era el primero. A la izquierda hay un pasillo tipo balcón, de unos tres metros de largo, donde hay otras tres puertas; la del fondo está abierta y es el baño, las otras dos tienen encima de su marco un pedazo de papel blanco con un número escrito con marcador negro. Las habitaciones 4 y 5 habitan ahí, en ese piso. Son más de 10 años que conozco el Oasis y hasta ahora no sé dónde están las habitaciones uno, dos y tres.

La luz amarilla que destella en la pieza 4 delata que ya está tomada; los vidrios cristalizados de la puerta apenas dejan ver una silueta. Y para que no quede duda, el ritmo de los gemidos y el rechinar del catre nos dan la certeza. Inmediatamente ingresamos a la habitación designada, Fredy entra y yo cierro la puerta.

“La 5”

La habitación 5 está limpia y deshabitada; el fuerte olor a cera de piso nos penetra y nos da la bienvenida, parece que somos los primeros de su arduo día. Lo primero que se ve son dos camas de plaza y media cubiertas con manteles que tienen mosaicos bordados con hilos de colores brillosos; parecen imitaciones baratas de las sábanas persas. Fredy se apresura en preguntar “¿qué tal?” y con prontitud cierra la ventana circular que da hacia esas gradas de madera que rechinan



Las gradas que conducen al primer piso del Oasis son de algo más de un metro de ancho, así que ir uno tras el otro es obligatorio; Fredy sube cada uno de los 15 escalones mostrando su delgado torso; los pantalones *jeans* rasgados por delante solo eran un señuelo para ocultar lo que hay atrás.

con cada alma que sube al segundo piso del Oasis. Le digo que necesito ir al baño, él acepta con una sonrisa diciendo “claro”; saca su celular y el cargador para enchufarlo a un punto de energía. Salgo de la habitación con todo con lo que había entrado.

“¿Es seguro este alojamiento?”, pregunta Grover, de 29 años, las malas experiencias de encuentros causales que tuvo en otros alojamientos le ponen susceptible. “Me dejé llevar por la emoción... me robaron el celular y la billetera, y todo por arrecho”. Después de excitarlo, su amante de turno le había dicho que necesitaba ir al baño, salió y no volvió. “Le esperé un buen rato y no volvía, y se me hizo raro y me dije: capaz que no le haya gustado y se fue nomás. Pero grande fue mi sorpresa que al revisar mi mochila no había ni mi celular, ni mi billetera, seguro me robó cuando yo estaba en otra... ¿ubicas?”. El contexto, la calentura del momento, la situación de closet, etc., marcan las reglas de juego de la ruleta rusa. Sin embargo, “el miedo se me fue pasando de atajar cuchillos, en los sótanos sexuales donde anduve” (Pedro Lemebel).

La luz del día todavía da sus últimos aleteos y brinda algo de confianza con Fredy. El baño compartido de las piezas 4 y 5 está disponible para ser usado; lavarse las manos, quitarse el sudor de la entrepierna, limpiarse el brillo de la cara, enjuagarse la boca y ponerse algo de loción para no romper el encanto cuando llegue el momento, es parte del ritual. El baño del Oasis es amplio; el inodoro es de color verde oscuro y a su interior le hicieron una cirugía reconstructiva; las paredes están cubiertas de azulejos viejos combinados con azulejos nuevos que saltan a primera vista; pero igual es acogedor; hay una ducha con sus cables al aire y sus cañerías que no van a ningún lado; el silencio entra por la ventada de marco de madera gruesa, mientras el espejo del lavamanos dice “otra vez aquí”.

Al salir del baño, la luz de la pieza 4 está extinta, los gemidos y los ruidos de la cama enmudecieron, fueron remplazadas por una conversación de dos hombres, esta duda fue clarificada en ese momento. La puerta de la 5 está entreabierta e invita a entrar sin tocar, ahí está Fredy sentado en la cama viendo su celular. —“Es un fraude, el conector no sirve”—. Coge su cargador y lo pone en



La habitación 5 está limpia y deshabitada; el fuerte olor a cera de piso nos penetra y nos da la bienvenida, parece que somos los primeros de su arduo día.

su mochila junto a su billetera y las monedas que traía en los bolsillos de sus pantalones, casi al mismo tiempo saca tres condones de la cooperación. Él no es tan discreto, ni cero ambiente como había afirmado, los condones míos también son de la cooperación y los guardo bajo la almohada. “Cuando vayan a tener relaciones sexuales lo primero que tienen que hacer es sacar los condones y ponerlos bajo la almohada para que sea de fácil acceso y no te dejes llevar por la emoción, porque cuando llega el momento tres metros pueden ser tres kilómetros”, es la recomendación de un educador gay en uno de los tantos talleres de prevención de VIH-ITS al que asistí, pero ahí no dijeron nada del baño público, del cine porno, del baño de la discoteca de ambiente, de la calle donde no hay una almohada. Fredy apaga la luz para atenuar algunas imperfecciones que pudiéramos descubrir uno del otro y pregunta:

—¿Y qué te gusta hacer?

—De todo.

—¿Te gustan los besos?

—Sí, claro.

El tocador antiguo mira con su espejo y registra todo lo que refleja, de esa forma reescribimos en la cama del Oasis una nueva historia sellada con el sudor de nuestros cuerpos. (Después de la cópula, la sinceridad está a flor de piel en los cuerpos desnudos. Es momento de conversar antes de la despedida).

Sin navidad

“Yo tenía 25 y el 18, él recién se había graduado de bachiller, lo conocí por el Facebook y le propuse venir aquí (al Oasis), era el único lugar donde no te decían nada en ese entonces, ahora ya conozco muchos otros lugares (se ríe). En su foto se veía muy simpático y no pues, me gustó mucho; era un chico muy lindo, flaquito, blancón... yo nunca había estado con alguien así,



El tocador antiguo mira con su espejo y registra todo lo que refleja, de esa forma reescribimos en la cama del Oasis una nueva historia sellada con el sudor de nuestros cuerpos.

generalmente estaba solo con chicos *normales*. Nos citamos por la *San Fra*⁹ y después de verlo en persona me di cuenta que siempre hablaba mirando al suelo y constantemente se agarraba la manga de su chompa y se la ponía en la boca como si quisiera ocultar algo, a ratos no le entendía lo que decía. Después *pasó lo que tenía que pasar*¹⁰ y nos fuimos juntos; me dijo que estudiaría medicina. La segunda vez fuimos a comer pollo por la Camacho y ahí me contaba que siempre se tiene que aprender algo nuevo cada día, recuerdo que decía: en vez de flojear hay que ver documentales, algo siempre se aprende. Sonreía muy poco y si lo hacía era tapándose la boca con la manga. Ya sabía qué ocultaba... se acomplejaba porque le faltaba un incisivo en sus dientes, yo me sentí mal y dije: cómo un chico tan lindo no va tener un diente y pensé en ayudarlo para que se ponga un implante y averigüé cuánto me costaría, me daba pena verlo así. La tercera vez nos teníamos que ver el 24 de diciembre y le compré una tarjeta de Navidad que decía ‘con mucho cariño para Milco’. Salí apurado de clases rumbo a la San Francisco, pero cuando llegué no había y le llamé y no me respondía, su celular sonaba como apagado; como unas tres veces le llamé y nada que me respondía. Y me fui nomás con mi tarjetita. Al año siguiente me empleé de educador y fui a repartir condones al Calipso¹¹ ¿nove? y lo vi ahí y me miró, yo seguí haciendo mi trabajo. Pasó otro año y de nuevo lo vi, pero en el Privilegio¹², aproveché para invitarlo a los talleres sobre VIH e ITS que daba ese año, le pedí su celular, había cambiado de número, después lo llamé para que venga a mi taller y nada, tampoco vino”.

⁹ San Francisco; el atrio de la iglesia de San Francisco de la ciudad de La Paz es un punto de encuentro y referencia para quienes habitan esta ciudad.

¹⁰ Eufemismo para referirse a coito sexual.

¹¹ Discoteca gay popular que estaba ubicada en la Garita de Lima de la zona 14 de Septiembre en ladera oeste de la ciudad de La Paz. Desapareció entre los años 2012 y 2013.

¹² Discoteca gay que está ubicada en la avenida Ismael Montes de la ciudad de La Paz, actualmente funciona y es responsable de la desaparición de su antecesora, el Calipso, ya que este último no ofrecía un espacio amplio y con instalaciones adecuadas para una discoteca.



El baño del Oasis es amplio; el inodoro es de color verde oscuro y a su interior le hicieron una cirugía reconstructiva; las paredes están cubiertas de azulejos viejos combinados con azulejos nuevos que saltan a primera vista. El silencio entra por la ventada de marco de madera gruesa, mientras el espejo del lavamanos dice “otra vez aquí”.

Hoy Rodrigo ya tiene 31 años y acaba de graduarse como odontólogo, me contó de su fugaz romance con Milco; mientras mira al pasado y revive esa decepcionante experiencia con una sonrisa, me pregunta “¿y vos?”.

Yo solo escuchaba y miraba su perfil tenue.

“No soy loca”

“Me puse a *buevear* en el *WhatsApp*, porque el *Grindr*¹³ no me enganchaba a nadie y me senté al frente de la estación del teleférico rojo; busqué a alguien con quien coger, porque me salía cerca este *aloja* (el Oasis). Y publiqué en un grupo de joda *gay*, de los que tantos tengo (se ríe), y ofrecí pagar el *aloja*, pasa que estaba arrecho... y me escribe uno que *disque* tenía 19 años y era pasivo; a mí me venía bien y le pedí su foto, pero me dijo que no da porque era discreto... mi urgencia pudo más e igual acepte (se ríe). Le describí cómo estaba vestido y él también lo hizo, mientras acordaba otras citas con otros chicos (...). Después de unos 10 minutos apareció un bajito que no *jalaba* y se acercó y me dijo –*Hola*–, hablaba como loca... pero dije igual, qué más da. Llegamos al cuarto y empezó a desvestirse y cuando se sacó su gorra vi que tenía el pelo largo y teñido de rubio y me dijo –No es lo que piensas, no soy loca, muchos me confunden, porque tengo el pelo así–. Me dijo varias veces que no era loca. Y bueno no se me paraba... para ser sincero no me gustaba, pero ya estábamos ahí; me la chupó y traté de imaginarme a otra persona, pero nada. Para que no note mi incomodidad empecé a hacerle conversación sobre si vivía en La Paz, porque tenía un acento medio gaucho y era moreno, o sea ¿ubicás?, muy loca. La verdad no me gustó, como yo pagué los 30 pesos del *aloja* le dije que me tenía que ir, después salió él primero y luego yo, al salir me fui hacia la estación, porque no me gustaría que me vean con él, por eso me fui rápido”.

¹³ *Grindr* es una aplicación geosocial destinada al público gay que permite a los usuarios que lo tienen instalado localizar y comunicarse con otros hombres homosexuales y bisexuales que se encuentren en las proximidades. Se considera la mayor red social para homosexuales, y en 2012 tenía más de cuatro millones de usuarios en 192 países.



Este caos está coronado con los condones usados, algunos con semen, otros vacíos, pero todos usados. Todo esto en ausencia de nuestros cuerpos.

Conversación de cama con Álvaro, un chico de 25 años. Lo encontré en un grupo de WhatsApp y su post decía: “¿Alguien para coger por el centro de La Paz? no mayores de 30, ni locas, por favor”. Su situación de *closet* me ponía muy nervioso, porque me repetía a cada rato que era muy discreto. Ya no supe más de él, ni él de mí, ni mi edad real, ni mucho menos supo que a veces me sale mi ser loca.

Un trío de dos

“Mi primer trío fue en realidad de dos. Conocí a Ademar en el chat del *Mirc*¹⁴ en “Las llaves”¹⁵ ¿Te acuerdas? (...) después de conversar un buen rato nos citamos en la plaza Alonzo de Mendoza y rapidito me fui hasta ahí. Lo bueno de esos chats era la emoción de hacer una cita sexual, casual y ¡a ciegas! Ahora con el Facebook y el *WhatsApp* ya se puede mandar fotos y todo eso, pero antes no se podía, todo era texto y era emocionante imaginar cómo era la persona con quien te encontrarías, era bien emocionante. Este chico (Ademar) era nomás como me había dicho: alto, activo, moreno y delgado. En el chat ya habíamos quedado en ir al Oasis. Lo saludé. ¿Vamos?, yo feliz le dije que sí. Mientras íbamos caminando por la plaza me dice —*¿podemos ir con otro amigo más?*—. Yo me quedé opa, pero al mismo tiempo más excitado, me estaba proponiendo ¡un trío!, yo nunca había hecho algo así, pero siempre hay una primera vez ¿verdad? Del otro chico no me acuerdo su nombre, pero debió tener unos 27 o 30 años, porque vestía formal, con camisa, saco

¹⁴ *Mirc* es una utilidad de chat funcional; su lenguaje de *scripting* integrado lo hace extensible y versátil. Fue de uso muy popular en la población homosexual, ya que los usuarios crearon un canal denominado “Gay Bolivia”, a partir de esta plataforma se hacían contactos para conocer y hacer citas sexuales antes de la llegada de las redes sociales como el Facebook y el *WhatsApp*.

¹⁵ Fue un café Internet ubicado entre la salida del túnel de San Francisco y el inicio de la calle Santa Cruz. Era conocido en el gueto homosexual paceño como “Las llaves”, porque en el mismo edificio donde funcionaba había talleres de copiado de llaves. Este café tenía cubículos en cada computador y era un espacio donde había encuentros sexuales, la mayor parte de los clientes eran homosexuales que, entre otras cosas, chateaban en el *Mirc*. Solo quedan recuerdos del mítico lugar que sucumbió, al igual que el *Mirc*, con la llegada de las redes sociales y los teléfonos inteligentes.



Son las 7.15 de la noche. La empinada calle impide ver atrás, de a poco se distancia esta Sodoma llamada Oasis.

y pantalón de tela. La situación era bien chistosa, yo no llegué a congeniar con *el otro*, solo con Ademar, y Ademar nos hablaba a los dos para no ralear a nadie (...). Yo conocía el alojamiento, pero no sabía que se podía ir entre más de dos, pero Ademar se encargó de todo, incluido el pago del *aloja*. Ya estábamos en el cuarto, nos desvestimos los tres y quedamos solo con bóxers. Llegado el momento le saqué su bóxer al *otro* y tenía el pene como mi meñique, te juro, era pequeñito y eso que estaba erecto, más bien era pasivo (...), nunca había visto un pene tan pequeño, y cuando Ademar le quiso penetrar de repente se levantó y se empezó a vestir, yo ni siquiera me había quitado mi bóxer, se cambió y nos dijo que tenía que irse, que lo sentía mucho. Ademar y yo nos miramos las caras, le dijimos que no se vaya, pero él salió prácticamente escapando y se fue, y después continuamos los dos nomás. Ademar me dijo después que tampoco conocía *al otro* y pensamos que se había avergonzado del tamaño de su pene... ¿Tú has visto alguna vez un pene así pequeñito?''.

Pasaron seis años y Ángel no olvida a Ademar que tenía un cuerpo curtido en los Yungas de La Paz; las palmas de sus manos y las plantas de sus pies eran ásperas y lijaban suavemente el cuerpo de aquel Ángel de 21 años, tampoco olvida el viejo bóxer gris que usaba Ademar en ese su primer trío de dos.

Adiós Fredy

Son casi las siete de la noche, el encuentro con Fredy mengua de a poco, el silencio socapa la inevitable despedida después de haber conversado incluso durante más tiempo que la cópula; este final es el inicio para la pareja que sube al segundo piso y que se la ve a través de la ventana circular. El rechinar de las gradas de madera delatan su visita al Oasis. La chamarra sobre el velador, el bóxer y los plantones enredados en uno solo, las medias y los zapatos mezclados con papel higiénico usado están derramados por el piso recién encerado; la polera de Fredy en la esquina de la cama, las camas marcadas por los cuerpos, todo este caos está coronado con los condones usados, algunos con semen, otros vacíos, pero todos usados. El único lugar no intervenido de la

habitación 5 del Oasis es el bacín rojo que está encima de una estructura de metal pintada de blanco. Todo esto en ausencia de nuestros cuerpos. “Creo que ya es hora de irnos”, dice Fredy, mientras se pone la polera, prende la luz y busca sus pantalones.

“Por seguridad primero les cito como a unas dos cuadras del Oasis, después de dar unas vueltas recién vamos al alojamiento”, dice Alex. Parece que Fredy utilizó la misma estrategia, no todo tiene que ser rápido y casual, es preciso darle unas vueltas y llevar al amante de turno por otros caminos para conocerse antes, aunque esa táctica tiene su talón de Aquiles.

La salida del Oasis es menos complicada que la entrada, todas las cartas ya se jugaron adentro. Para Ángel es más simple dejar el Oasis, la noche que lo coge le da más seguridad y no teme que lo vean salir del alojamiento. “Bueno fue un gusto, yo voy a salir primero y después tú... te cuidas”. El apretón de manos es el síntoma del final con Ángel, Álvaro, Rodrigo, David, Grover, Jorge y Alex, y el mismo guion se repite con Fredy; su paso por este lugar fue un placer como él indica antes de irse. “¿Quién sale primero, tú o yo?”.

Al bajar las gradas veo otro muchacho que está en la “esquina de la espera”, tras él hay un afiche que dice “Cúdate del VHI-SIDA, usa condón”, está ilustrado con imágenes de condones de varios colores y en la esquina está el lazo rojo. Su mirada dice hola, pero los pocos segundos no dan tregua a un reconocimiento. Afuera todo sigue normal, como los 64 crímenes de odio cometidos contra las personas TLGB de Bolivia.

Son las 7.15 de la noche. La empinada calle impide ver atrás, de a poco se distancia esta Sodoma llamada Oasis; sin embargo, la desobediencia es más grande que la gravedad y al voltear se ve el momento justo en que Fredy sale por la puerta del Oasis; camina hacia abajo sin mirar arriba, sin mirar atrás, y se pierde en la primera esquina, mientras aquí queda un corazón de piedra en un cuerpo salado.



Grindr

**Lo que el *Grindr*
no muele**

Lo que el *Grindr* no muele

“Espero poder casarme. Pero lo más importante para mí es tener niños. Dos chicos”, dijo Joel Simkhai, creador del *Grindr* en una entrevista en el periódico El País de España el año 2012. El primer *hijo* digital de Joel ya cumplió ocho años y desde su cómodo sillón de empresario GLBT nos lanza su invento a los maricones tercermundistas de Bolivia, no para sacarnos los ojos, sino para sacar del *closet* nuestros trapos más íntimos ensuciados de odio y prejuicio.

Ligar siempre fue complicado. Desde los tiempos remotos, nuestros antepasados homosexuales más cercanos (de los setenta a los noventa) salían a la calle y a las discotecas clandestinas maricas para poder conocer gente que quiera compartir sus urgencias biológicas; las miradas, los gestos, el lenguaje no hablado, eran la clave en esos guetos tan necesarios en la dura de esos años.

Con la llegada del Internet las cosas empezaron a cambiar. Cómo no acordarse de la plataforma virtual “Mundo anuncios”; en su sección “Hombre busca hombre Bolivia” se ofrecía desde sexo casual sin compromiso hasta relaciones “serias” y se podía hacer un monitoreo exhaustivo de las infidelidades de pareja. Este sitio posibilitaba que las revolcadas fueran planificadas y con mucha anticipación; la urgencia era evidente, pero la espera necesaria. La mayoría de sus usuarios redujeron este espacio a una casa de citas virtual, donde los anuncios desbordaban de lujuria homosexual y encontrar una relación, en términos románticos, quedaba en tercer plano. No había tiempo para perder, había muchos anuncios que anunciar y leer. “Soy Carlos y me interesa tu anuncio”, ese era el mensaje de texto que llegaba al celular y el inicio de una emocionante conversación vía SMS que terminaba en la cama.

Como no acordarse del mítico *Mirc* que tenía como trinchera el café internet “Las llaves”, la meca homosexual paceña de los finales de los noventa y parte de los 2000. El *Mirc* hacía más fáciles y rápidos los encuentros casuales. Imaginar al potencial amante era más excitante que el mismo acto sexual, uno daba cuerpo al texto que aparecía en el chat del canal “Bolivia gay” del *Mirc*, mientras

del otro lado, mentían sin contemplaciones. Recuerdo que iba a “Las llaves” con mi lista negra; una lista de números de celular en una hoja de papel gastada de tanto usar con los números de quienes no me habían gustado o me habían mentido vilmente, después de hacerme ilusionar con que eran unos adonis griegos; frustrado volvía a ese café Internet, pero ya no había cubículos disponibles. A pesar de que era lento el Internet, el pasillo de “Las llaves” era una pasarela donde circulaba el deseo homosexual. “Estoy en la 10, iré a comprar un refresco del administrador y ahí me vez, ok”, minutos después “¿me viste?”.

Así el Internet, con su implacable avance, revolucionó la cultura de la *joda* homosexual. “Como espacio de comunicación e información mitigó algunos de los principales problemas que históricamente padeció esta población, como el aislamiento, la ignorancia, la homofobia (tanto la social como la internalizada), la dispersión geográfica y la falta de apoyos psicológicos, médicos y legales. Aunque sus alcances ya sean mucho mayores, podría decirse que ha reemplazado al bar gay que, durante la segunda mitad del siglo XX, fungió no solo como lugar de encuentro, sino también como centro de información y base para la creación de una comunidad”¹⁶. El Internet ha sido un aliado importante para la mariconada, no solo para su organización política, sino para poner en práctica nuestros deseos prohibidos. Con el pasar de los años el *Mirc* y el “Mundo anuncios” quedaron en el recuerdo como tecnologías informáticas obsoletas y fueron reemplazadas por las redes sociales: con más colores, con más inmediatez, sin tener que ir a sentarse a un café Internet, basta con tener un teléfono inteligente para poder ligar en cualquier momento y en cualquier lugar. Las tecnologías informáticas para el deseo sodomita también evolucionaron. Y ¡zas! llega el *Grindr* a moler nuestro diario quehacer sexual.

¹⁶ SÁNCHEZ, Ernesto (2012). “*La ubicación del deseo: Espacialidad de las redes sociales homosexuales*”. México: “V Encuentro de disidencia sexual”. UNAM.
<http://portal.uacm.edu.mx/Documentos/VEncuentrodedisidenciasexual/tabid/2315/Default.aspx>

Desde el año 2009 esta red social empezó a viralizarse en el mundo virtual de los homosexuales, mucho más rápido que chisme de ambiente. En la actualidad ya tiene más de seis millones de usuarios en todo el mundo; el 2011 fue catalogada como la mejor aplicación de citas para gays y funciona con el GPS de los teléfonos inteligentes. Se abre como cualquier juego instalado en el celular, pero lo que hace *Grindr* es identificar a los hombres conectados que están cerca de uno; tener un marica a un metro de distancia y no saber quién es, puede resultar inquietante. La situación de *closet* de Joel Simkhai le había impulsado a crear esta aplicación que traducida al español sería “molinillo de café”. Irónicamente el éxito de la aplicación radica en el *closet*; quienes están fuera no son bienvenidos en este mejunje virtual de hombres discretos y varoniles que habitan en el *Grindr*.

Todos mienten: perfiles de *Grindr*

Todos mienten y los homosexuales no se salvan de esta verdad. El *Grindr* permite la edición del perfil con relativa libertad y sugiere armarlo bajo parámetros que delinea esta inteligencia artificial. Los únicos espacios donde uno juega con su creatividad y pone en práctica sus artes de marketing coital es en el nombre o *nick name* y en “Acerca de mí”, un espacio para describirse a uno mismo en un máximo de 255 caracteres, aquí se da rienda suelta a la imaginación para “venderte” y luego responder ¿quién eres?, ¿cómo eres?, ¿qué quieres?, ¿cómo lo quieres?, ¿qué buscas en la aplicación?, entre otras cosas. Stephen Hawking dijo que “la inteligencia artificial asegura el fin de la raza humana” y al ver descripciones como está seguro estoy de ello: “Si sabes lo que quieres háblame, si no la tienes clara no jodas, ya me emputa la gente vueltera y farsante, saluda con foto (sin gafas) y no preguntes lo que ya está escrito... si no te gusta algo pasa de largo, no cambiaré por nadie”.

Lo más importante del perfil es la fotografía; mientras más blancón, más deseado; si está retocada, mejor; si hay músculos que presumen la obsesión por el gym y la testosterona (me derrito), si muestran un abdomen marcado con cuadraditos (babeo literalmente)... Este mosaico de

fotografías es un culto al estereotipo de lo gay y quienes se animan a poner una foto sin exhibir su deseo de ser deseados, pasan desapercibidos y fracasan en esta aplicación reducida al encuentro casual sexual.

Luego está el nombre. Algunos optan por poner el propio, otros son algo creativos y se nombran como “tigre activo”, “relación 25”, “tu padre 27”, “follamos 26”, “sexo discreto”, “sexo ahora”, “ve mi perfil”, “busco dotados 22”, “aburrido 25”, “pasivo 18”, “versátil”, “extranjero de paso”, “afeminados abstenerse”, entre otros nombres que funcionan como gancho en este mercado digital de cuerpos libidinosos.

Cada que me dicen que parezco de 23 cuando tengo 32 es música para mis oídos y me la creo, y esta aplicación también pensó en ese mi deseo. *Grindr* te da la opción de poner la edad que quieras, desde los 18 hasta los 99 años, pero si de triunfar se trata, de 30 para abajo es un estándar de lo deseable y lo cogible, o simplemente se puede obviar ese dato incómodo. Y hay más datos... la altura, el peso, origen étnico (asiático, blanco, latino, medio oriente, mixto, nativo americano, negro, sud asiático y otro), la complexión física (esbelto, fornido grande, musculoso, promedio tonificado), rol sexual (activo, pasivo y demás variantes y combinaciones raras). En *tribes*, que traducida al español sería tribu, familia o clan, tenemos: cuero, deportista, discreto, *geek* (o nerd), macho, maduro, nutria, oso, pulcro, seropositivo, trans, *twink* (personas con aspecto de adolescente o joven)... y yo digo, el *Grindr* también debería incluir a las familias nativas de La Paz como las Holliday, las Anderson, las Galanes, las Meta, etc.,... *ch'enco* total eso del *Grindr*, toda una encuesta con la sueñan la oenegés *gelebetosas*. Pero sigamos. En la pestaña “Situación amorosa” hay varias opciones: en citas, en pareja, exclusivo (...), relación abierta, relación seria, soltero. “En busca de”: citas, amigos, relación, citas, contactos, chat. Y para finalizar está el acápite donde todos mienten o simplemente lo omiten “Salud sexual”. Ahí se pide especificar el estado de VIH: sin respuesta, negativo, tomo Prep (pastilla que puede evitar la transmisión del VIH, que solo está disponible para los maricones del primer mundo), positivo, positivo no detectable. Toda esta

información se complementa con la fecha del último análisis, de diciembre de 2015 hasta noviembre de 2017; por último están las redes sociales a las que uno pertenece.

Este perfil es un molde para el vaciamiento de identidad y enajenación de muchos homosexuales. Sin embargo, nada es obligatorio, salvo el nombre o *nick name*, pero es común encontrarse con descripciones como esta: “Masculino busca amistad y a veces diversión con buena gente, foto de cara porfa. Respeto tu discreción, pero no respondo perfiles vacíos”.

Algunas verdades

El teléfono se calienta y la conversación por el *Grindr* con Gabriel también. Empecé a chatear con él, porque me llamó la atención su descripción: “*Me emputan esas musculocas que solo saben presumir su disque cuerpo perfecto, claro solo tienen eso en su vida, si eres así hazte el favor y bloqueáme*”. Para él las “musculocas” son “maricas que van al gym y tienen el cuerpo marcado y solo buscan gente igual que ellos”. Hace como 10 minutos su *nick name* era “Sexo”, después de una media hora probó suerte con “Bolichear hoy” y como resignación, después de una hora, cambió a “Gabriel”, resignación que se puede leer cuando dice: “Para los gais ya es viejo tener 28 años... pues el mundo gay es así, lleno de apariencias. Y esta *App* se reduce a solo sexo”. Después de casi dos horas, la conversación se puso caliente cuando me pidió una foto de mis partes íntimas sin nada que los cubra. Lo deje en visto porque al Dr. Gabriel ya lo conocía de hace años y ya vio mis adentros cuando fui a una consulta de rutina al hospital donde trabaja, pero él no se dio cuenta de ello.

No todo es mentira en el *Grindr*, si bien todos mienten (en su perfil), no mienten en lo que desean. En 255 caracteres se vuelcan los odios, prejuicios, machismo, misoginia, etc.; irónicamente la discriminación dentro de un grupo discriminado campea en la mayoría de las descripciones de los perfiles. “La lógica de funcionamiento de la discriminación se halla en la expresión sistemática de rechazo hacia determinados grupos a partir de los prejuicios o los estigmas (ambos socialmente

construidos) que se han individualizado, separado y señalado”¹⁷. Esta conducta se ejerce con independencia de las acciones de la “tribu” discriminada, según terminología del *Grindr*, ya que sus integrantes no han hecho nada que justifique el maltrato y el rechazo. Esta discriminación que posibilita el *Grindr* está camuflada bajo el “gusto personal” de los usuarios, una verdad incómoda de lo que se habla poco y practica mucho, tanto fuera como dentro del gueto marica y se trasplanta al mundo virtual socapado por el anonimato que ofrece esta aplicación. La loca y el afeminado son los no deseados, el viejo es el descartado o aprovechable, el gordo no encaja en el mosaico sexual; el seropositivo apenas aparece y está camuflado entre los usuarios por temor a la muerte civil.

Locas y afeminados, no ¡por favor!

“El que hace visible su pluma gay le está diciendo al mundo que es homosexual. Es el que recibe los insultos, el que es agredido, el que es asesinado. (...) Los demás somos una masa gris, se nos debería tatuar en la frente la bandera del arco iris para reconocernos. Los nazis lo hicieron con estrellas, con triángulos: para judíos, para homosexuales” (José Luis Serrano).

—¿No te gustan las “locas”?

—No, porque se creen mujeres, cosa que no son.

—¿En esta *App* encontraste a muchas “locas”?

—Así es, disque activos versátiles, al final se creen divas.

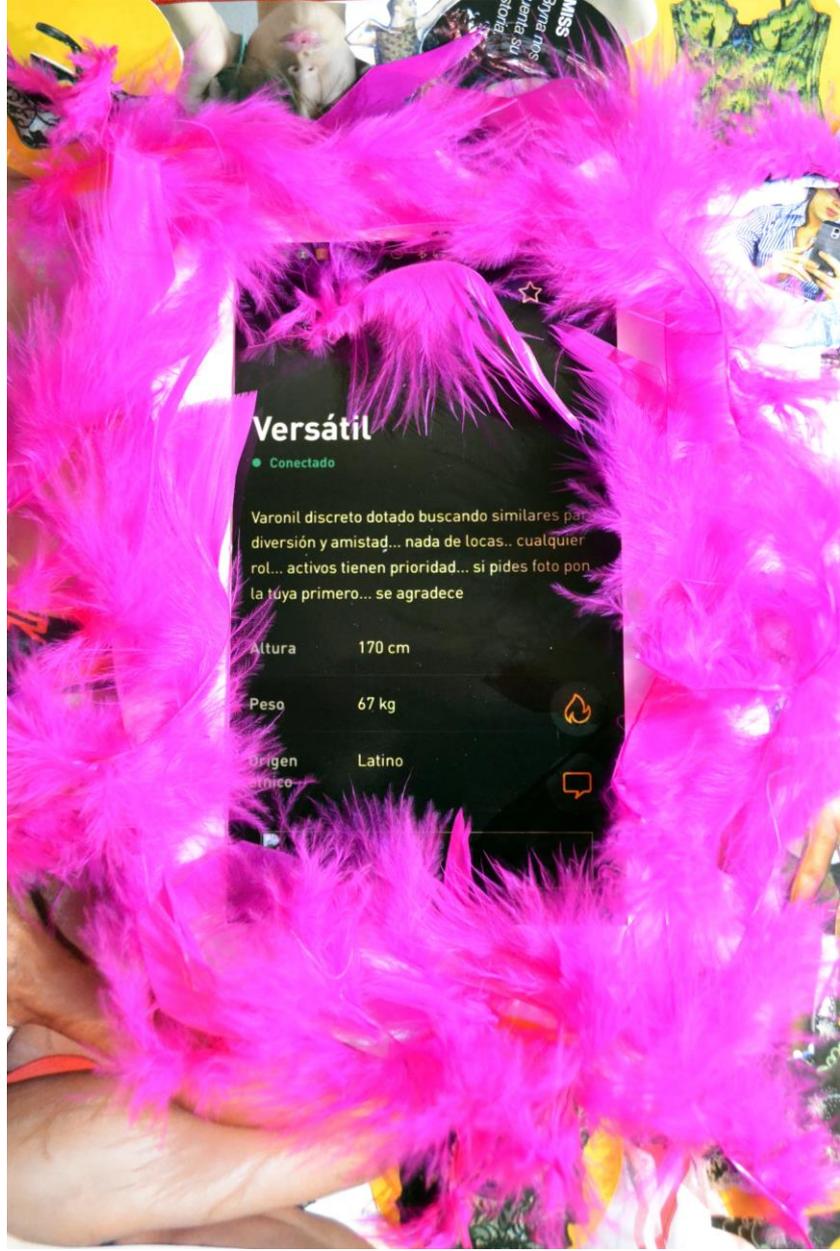
—¿Entonces la *App* te da resultados?

—Sí, pero más divas.

Conversación con Iván. Su descripción en el *Grindr* dice: “Sin complejos, la idea es ver qué pasa, soy un hombre que busca otro igual, no locas téngala clara”. Y es que las locas y los afeminados no tienen cabida en la aplicación; es mucha pluma para la mascarita del ícono amarillo, aburrido y

¹⁷ RODRIGUEZ, Marcos (2006). “*Un marco teórico para la discriminación*”. México: Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación.

La loca y el afeminado intentan ingresar a este mundo donde no son bienvenidos, se camuflan, juran y perjuran que son varoniles y cero ambiente.



discreto; sin embargo, la loca y el afeminado que intentan ingresar a este mundo donde no son bienvenidos, se camuflan, juran y perjuran que son varoniles y cero ambiente, porque ser de ambiente es sinónimo de ser loca y afeminado, entonces el *Grindr* despolitiza a la loca. Pero a pesar de que es “una tradición como estereotipo, la loca es arriesgada a toda pólvora, por amor o por calentura; es amatoria y deseante”¹⁸, por eso penetra estas esferas virtuales donde no es deseada; pero el *Grindr* o más bien los que lo hacen posible, se encargan de bloquearlas:

Varonil 33: “Varonil discreto dotado buscando similares para diversión o amistad, nada de locas, cualquier rol, activos tienen prioridad. Si pides foto pon la tuya primero, se agradece”.

No afeminados 25: “Muy arrecho, solo varoniles”.

Todo discreto 25: “Me gustan las charlas agradables. NO AFEMINADOS NI DELICADOS POR FAVOR. Soy varonil discreto de 25 años (no sexo a la primera)”.

Cero gordos

“Hola soy gordito, busco personas menores de 32, versátiles más activos para lo que se dé, siempre y cuando quieran a un gordito como yo”, dice Juan en su descripción de *Grindr*. Su amplia sonrisa y su cuerpo gordo se ve desde lejos, pero él minimiza su condición física para aminorar el peso del rechazo. Y es que a diferencia de las locas, que se disfrazan de varoniles bajo los perfiles de *Grindr*, los gordos están obligados a describirse como osos en esta aplicación. “La comunidad de osos es una subcultura dentro de la comunidad gay. En el argot homosexual, se considera osos a los hombres gais de cuerpo fornido y con abundante vello facial y corporal. Los osos exhiben una actitud masculina y generalmente rehúyen del estereotipo de homosexual afeminado”. Ya en la

¹⁸ Diccionario Marica. 2ª ed.

La amplia sonrisa y su cuerpo gordo se ven desde lejos, pero ellos minimizan su condición física para aminorar el peso del rechazo.



*quedada*¹⁹ se nota que Juan es un oso y es afeminado, su gestualidad amariconada hace que se aleje incluso de la cultura homosexual a la que pertenece. Su abrigo de paño negro y pantalones grises dan cuenta de que es un hombre con horarios de oficina. En la amplia categoría de osos que hay (cachorro, cazador, *muscle bear*, *leather bear*, lobo, nutria, oso polar, papá oso y *chubby*), Juan se considera *chubby*: “Yo soy chubby, porque soy gordito pero sin vello, soy lampiño”, afirma.

Su *gorditud* parece no importarle al momento de buscar encuentros sexuales en *Grindr*. “No me importa si me dicen gordo, ya sé que lo soy y no les hago caso”; pero este oso cae en su misma trampa al afirmar que “en Santa Cruz es más fácil encontrar personas que gustan de los gorditos como yo, hasta hay un grupo de osos, pero aquí en La Paz, no. No se habla del tema”. A pesar de que Juan no se hace lío con su sobrepeso, lo vi errando en otras redes sociales maricas y nadie hacía nada para impedir la extinción de su libido.

Son raros los gordos que buscan otros gordos como *Osoxoxo*. “Solo sexo, solo sexo, solo sexo. Manda foto si quieres mi foto. Yo activo de 43. 1,74. 95 kg. Tú, pasivo, mayor de 30, más de 1,60, más de 80 kg, mejor si tienes sitio”. El común denominador en este “molinillo de café” es que los gordos son mucha carne.

Activo 34: “Para empezar una conversación y charla inteligente, espero conocer amigos varoniles, 0 afeminados, 0 gorditos y mayores de 35... todo en buen plan”.

Cris 19: “Activo no dotado de paso, no gente sin foto, no gordos, sí gente tranquila y cordial”.

Lee perfil 47: “Activo delgado, 47, muy varonil, ojo NO soy de ambiente, quiero amigos con derecho para revolcadas en completo secreto, gusto deportes, cine, leer, favor no afeminados, no gordos, no vuelteros, manda foto”.

¹⁹ Término utilizado en la comunidad de osos para referirse a un encuentro.

Su sabiduría sobre la vida lo alude, la madurez de sus juicios lo delata; pero el closet marca sus días y él se siente cómodo ahí.



Viejo lobo de closet

“**Maduro dotado c/1**” es el *nick name* de Rolando en el *Grindr*, no tiene foto ni una descripción, a esto se llama “perfil vacío”. Sin embargo, al deambular con él por las calles de San Pedro la conversación de caminata se llenó de contenido.

20:00. Muchas personas se dirigen a una cita más con sus camas para afrontar la rutina inevitable de mañana; el viento empieza a congelarse y susurra promesas de una intensa lluvia.

20:15. Y Rolando no llega. La calentura se me fue pasando según como pasaban los minutos, casi enfriado y sentado en una banca de la plaza de San Pedro decidí entrar de nuevo al *Grindr* para ver si agarraba algo más que un resfriado, si seguía en la fiel espera. Rolando escribe: “Dónde estás que no te veo”.

20:20. Se acerca un señor que tenía puesta una chamarra negra clásica, como la del cantante de A-ha, allá por los ochenta; pantalones jeans celestes que otrora eran azules, unos mocasines negros combinados con medias blancas y lentes de marco grueso. A pesar de sus 48 años su nerviosismo era como el de un adolescente en su primera cita casual:

–Creí que no llegabas.

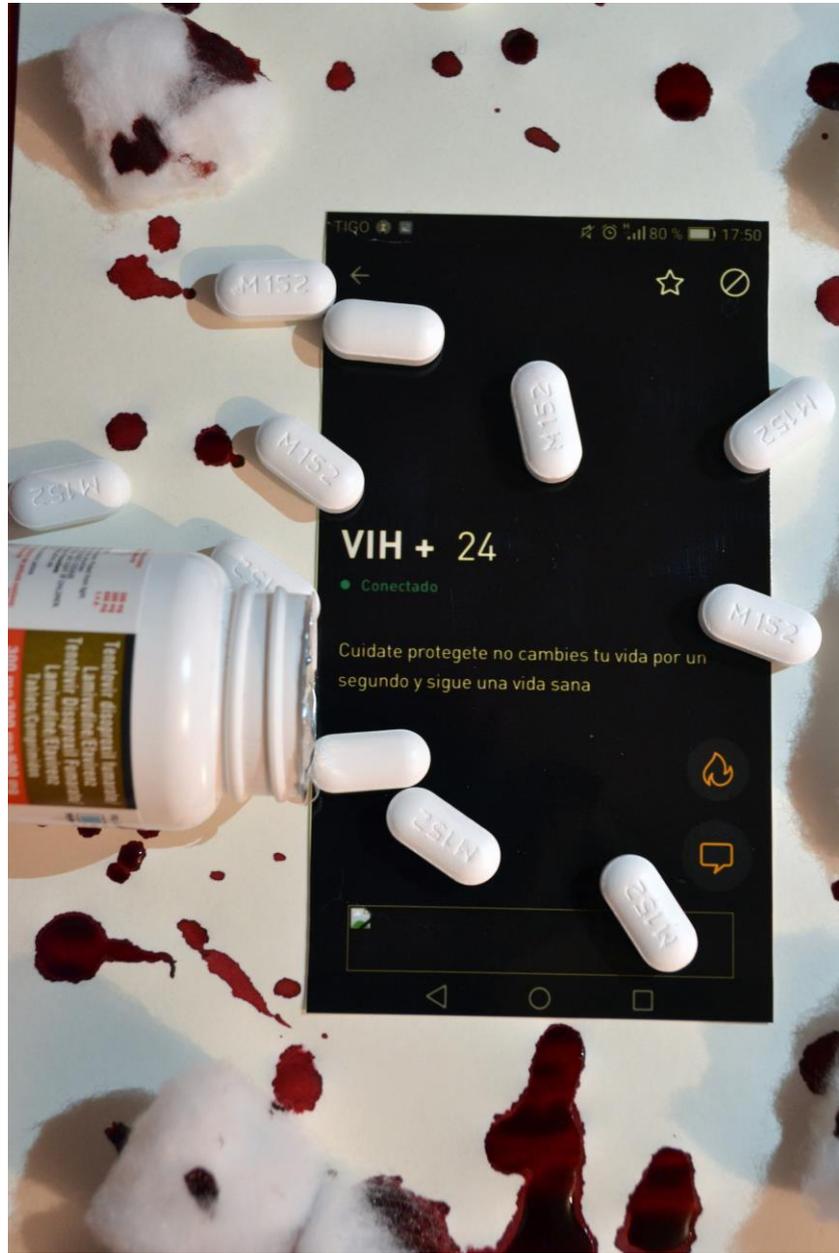
–Disculpa, estaba en el centro de la plaza y no te vi, y le hablé a otro chico pensando que eras tú...

–(Me río) Pero te dije que estaba en el frente de la iglesia.

–Es que el otro se parecía a vos... ¿Y cómo está la familia? Mandámelo saludos a tu mamá ¿Ella está bien?

–...

El seropositivo apenas aparece en el *Gizndry* y está camuflado entre los usuarios por temor a la muerte civil.



Ante el brusco cambio de tema tuve que responder que sí, que mi madre anda bien de salud; un joven pasa frente a nosotros y su mirada dice “hola, yo te conozco” –“Era él”– dice Rolando en voz baja y emocionado –“A él le hablé y creo que igual es gay, porque te miró”–.

Rolando trabaja como portero en una de las reparticiones del gobierno municipal de La Paz, vive solo desde muy joven y como si hubiera aprendido un libreto afirma que “antes era difícil, no es como ahora, ahora los jóvenes pueden decir libremente que son como nosotros. Yo he empezado tarde con esto, pero también agradezco, porque si desde joven hubiera estado en esto quizá hasta ya hubiera tenido sida”. Para Rolando el *Grindr* es un lugar donde caben todos y hay para todos. “Más bien los jóvenes buscan a los maduros y nosotros podemos elegir aceptar un encuentro con ese joven o no, pero los jóvenes no pueden elegir”. Si Rolando fuera maduro, pasivo y sin lugar, las cosas serían diferentes.

Su sabiduría sobre la vida lo alude, la madurez de sus juicios lo delata; pero el closet marca sus días y Rolando se siente cómodo ahí. “Espero puedas quedarte en la siguiente”, dice mientras abre la puerta de su pequeño y desordenado departamento.

23:30. Adiós Rolando.

50: “Soy amiguero y si quieres fotos envía las tuyas primero, también deben saber que soy alguien mayor”.

David: “Muy discreto, solo gente pulcra, busco joven serio, educado, que le guste un mayor serio, nada de malos rollos”.

Mayor discreto: “Soy mayor, esbelto, de tez clara, activo, muy discreto, serio, educado, culto, busco joven honesto, educado, serio, prudente, que busque un mayor, nada de malos rollos, relación decente, no *scorts*, ni dinero”.

VIH+24

“Cuídate, no cambies tu vida por un segundo y sigue una vida sana”, dice VIH+24.

–Buen mensaje amigo.

–A cuidarse.

–Imagino que por el prejuicio que hay sobre el VIH evitan conversar contigo en esta app...

–No tanto, me hablan algunos así como tú.

–(Sonríe)...son más de dos años que tengo la app y eres el primero que pone como nick VIH+...

–Ah bueno, me llamo Israel.

–Un gusto, yo Roberto.

–¿Qué buscas en la app?

–Amigos, conocer gente y se da, también sexo.

–Bueno ¿eres portador tú?

(Conversación con Israel a través de *Grindr*)

Quise mantener contacto con Israel, pero me dijo: “no puedo darte mi WhatsApp por discreción”.

Los que no se dejan moler por el *Grindr*

ADAM: “Voy a robarte un beso y te pediré de rescate un millón más”.

Bruce 18: “Cantar, bailar, cocinar, nadar, pasear. Preparar pipocas y ver *pelis* toda la tarde ¿te parece? (No soy un chico de jodas)”.

Tu padre 27: “Marica emancipado, amigos masculinos y femeninos, todos bienvenidos”.



CINE CINE
Private Private

PRIVA
8:00 A 18:00
TANDA
RESO DE BEBIDAS
COHOLICAS O EN E

Cine
PRIVA
MATINEE PRS. 15:00 A 18:00 - TANDA
RESO DE BEBIDAS COHOLICAS O EN E
SOLO PARA MAYORES DE 14 AÑOS (EN E)

Cine
PRIVA
MATINEE PRS.
SOLO PARA MAYORES DE 14

Joder lo público
Los cruisers del cine XXX

Joder lo público
Los cruisers del cine XXX

Quizás el cine nunca más volvió a ocupar el lugar que tuvo en sus años de gloria; después de la televisión, el video arrendado, el cine por cable, las salas quedaron vacías o algunas sirven para otras urgencias del cuerpo sodomita que ensaya sus acrobacias sexuales en la oscuridad grumosa de alguna sala céntrica. Ahí nadie va a ver la película, porque otra película más real se vive en los asientos. Si no fuera por esos lugares donde la cartelera de karate coito es una excusa, ya no quedarían esos enormes teatros decorados como tortas y que hoy algunos son templos evangélicos o discotecas. Así la modernidad arrasa sin contemplaciones con la filmica memoria urbana.

Pedro Lemebel.

Martes 7 de noviembre de 2017

- Hola. ¿Hay joda en el cine porno?
- Depende de uno.
- Quisiera conocer el lugar. ¿Tú siempre vas ahí?
- Alguna vez.
- Dale, yo a veces hago ligue en los baños, al cine XXX nunca fui...
- Es buen lugar ese cine para ligar, uno va para eso.
- ¿Qué día es bueno ir ahí?
- Varía, no hay fijos. Era viernes y lunes, pero ahora ya no.
- ¿Ahí se puede coger?
- Claro.
- Suena interesante...
- Es, yo hice varios tríos allí...
- Tengo que ir y te cuento como me va...

- Claro. Me toco en los asientos y me manosean o me hacen oral... después sexo en el baño.
- Imagino que pasa eso cuando está vacío...
- Pasa siempre, depende de uno.
- Bien, iré la siguiente semana.
- Me parece bien.

(Conversación transcrita de Rubén y yo)

Viernes 10 de noviembre de 2017

“Es mejor ligar aquí, es más directo, no es tanta vuelta”. Corto y preciso, mientras se sube el pantalón en uno de los baños del cine; fueron menos de cinco minutos de “otro entretenimiento” más real que sucede en estos lugares. En la sala, el sonido de la película porno heterosexual anuncia que también llegó al clímax. No se trata de una secta religiosa, ni de un club de fanáticos del cine, ni de un club exclusivo de Hollywood, sino de homosexuales que dan vida al “cine XXX”²⁰. El ingreso cuesta 10 bolivianos; el tiquete de entrada dice “actividades de cinematografía y otras de entretenimiento” y esta última palabra es la que insinúa que más allá de la película triple equis puede haber otras formas de “entretenimiento” y los *cruisers* lo saben.

***Cruising* como acto de rebeldía**

Cruisers son quienes practican el *cruising*. En el ambiente homosexual es la práctica de buscar una pareja sexual en un lugar público; por lo general de manera anónima, ocasional y para una sola vez, afirma Wikipedia. La mariconada de la ciudad de La Paz aún no se apropió de parques o plazas como en las grandes capitales de México o Argentina; pero ahí están los asientos traseros

²⁰ Dejamos en reserva el nombre y la ubicación de este cine para evitar exponer este espacio a conservadores homofóbicos.

de los cines pornográficos, o de este cine para ser más precisos. Es el único que se resiste al avance de las tecnologías de la comunicación; sus antecesores, el Papillón y el Murillo (todos de una misma estirpe), no corrieron con la misma suerte, aunque con seguridad las salas oscuras de estos cines extintos también eran testigos del sexo exprés.

Los *cruisers* que asisten a este lugar no saben que lo son. “Yo solo voy a joder”, dice Enrique. Se enteró de la existencia de este lugar por un amigo, hace dos años. Muchos como él están en el closet y prefieren la oscuridad que ofrece la sala. Estos cuerpos, algunos viejos y solitarios, a diferencia de la relativa juventud de Enrique, hacen activismo desde su individualidad, impulsados por el deseo no heteronormado. A ellos les interesa más la práctica que la teoría; ellos utilizan las manos, no para levantar carteles; ellos utilizan la boca, no para presumir sus dotes de oralidad en los medios de comunicación; ellos resignifican el espacio público controlado por la heteronormatividad, se desentienden de la higienización del movimiento arcoíris que considera negativa su praxis del placer *in situ*. Ellos joden la tranquilidad de quienes solo son usuarios pasivos del espacio público. Estos *cruisers* no se conforman con ser simples usuarios, son sujetos sociales formados por el cuerpo y el sentimiento. Estos sujetos sociales tienen la capacidad de crear nuevas estructuras, incluso a partir de las previamente establecidas, y transgredir lo antes aceptado para innovar²¹. Así, el derecho de uso del espacio público para la práctica de sexo anónimo desestabiliza la tranquilidad del sistema heterosexual. El quehacer de los *cruisers* es una práctica más que atenta contra esta ideología. En síntesis, son ellos quienes joden el espacio público, porque para ellos, como para mí, *joder es un placer*.

²¹ “Cruising: la apropiación fortuita del espacio público para mantener relaciones sexuales esporádicas entre hombres”. Luis Alonso Rojas Herra. Costa Rica: 2016.

Cine porno

La fachada antigua de este cine triple equis está gris y envejecida, da cuenta de que el tiempo fue implacable con ella, pero el deseo se mantuvo latente en su interior, y es que este cine, según sus dueños, tiene más de 15 años. Sus carteles también son viejos, parecen fotografías de portadas de películas pornográficas de los años setenta (más cautas, menos explícitas, más discretas) inmortalizadas en cuadros con marcos de madera y cubiertas con vidrio, cual reliquias; están colgados a ambos lados del antiguo portón de más de dos metros de altura. En el letrero principal hay una mujer semidesnuda que parece haberse quedado en los años noventa. La cartelera, la puerta y el letrero principal forman una cruz ante la cual se persignan más de una beata o un beato. Casi nadie lee la cartelera con detenimiento por temor a ser visto como pervertido; alguno que otro hombre *progre* se atreve a darle una mirada, pero de pasada. A pesar de lo llamativo de esta cruz del deseo, muchas veces pasa desapercibida.

Este cine porno está ubicado en uno de los tantos callejones de la ciudad de La Paz; si uno va a la función de matiné, se encontrará con dos vendedoras de fruta instaladas en ambos lados del ingreso principal. Sobre sus pequeñas mesas de madera asentadas sobre la acera, estas señoras ofrecen un montón de plátanos de todas las variedades y tamaños, y no, no es casualidad. El color amarillo vivo de sus *chiviñas* y el color vivo de la fruta contrasta con la fachada gris y poco seductora del cine. Pero al entrar el panorama cambia, todo cobra vida como un *Moulin Rouge* marginal del tercer mundo. Sobre la pared del pasillo rosado fucsia cuelga un banner negro de plástico que, en estilizadas y grandes letras rojas, dice “Cine XXX”; más abajo y en tamaño pequeño están las reglas: Matiné hrs. 15:00 a 18:00, Tanda 18:30 a 22:30”, “Prohibido el ingreso de bebidas alcohólicas o en estado de ebriedad”, “Solo para mayores de 18 años (ingreso con C.I.)”, “Prohibido fumar”. Estas son las condiciones para ingresar al mundo habitado por los *cruisers*.

La tanda empieza puntual a las 6:30, se apagan las luces y empiezan a rodar la misma secuencia de películas pornográficas de la matiné. La magia del viernes y la seducción de la noche parecen propiciar este llenado casi total de la sala del cine.



Al lado de la entrada está la boletería, una ventanilla de cristal de 50 por 50 centímetros, con una apertura arqueada al centro para que el administrador reciba los 10 bolivianos y a cambio entregue un boleto aburrido que no promete nada. La boletería es una de las partes más importantes del ingreso al cine, sus colores rosado y blanco la distinguen de los demás elementos; el piso es blanco, con figuras negras que forman un mosaico; más a la izquierda hay un sillón viejo de cuero negro de imitación; en frente de este sillón está el umbral del ingreso a este mundo, una pareja de portones negros abatibles —solo uno se abre—, pero, ojo, hay una prohibición más: “Prohibido pararse en la puerta”, dice el cartelito de papel pegado sobre una de las puertas.

– ¿Y por qué te parabas en la puerta?

– Es que estaba lleno, además ahí se puede conseguir joda...

– ¿Cómo?

– Puedes tocarles y ponerte por delante de los que están parados ahí en la puerta...

Dice llamarse Adrián. Lo vi por primera vez parado en la puerta de la sala del cine; afirma que vino como dos veces, sin embargo no le creo, porque lo vi exhibiendo sus mejores dotes de *cruiser* dentro de la sala... “es más que seguro que encuentre sexo ahí”. Para él este espacio es un lugar de escape ante la presión homofóbica de su familia.

Es viernes y el reloj marca las cuatro de la tarde; la burocracia universitaria atrasó mi inicio en esta aventura adentro del cine pornográfico. Hace una hora empezó la matiné. Apresurado compro la entrada y me dirijo hacia la puerta y... puf...

Oscuridad y sexo explícito

La visión periférica se oscurece y en frente una pantalla penetra las pupilas poco dilatadas con sexo heterosexual explícito. Después de un par de minutos se logra distinguir las pocas almas que están sentadas en las primeras filas de la sala, pero a la izquierda de la puerta, en la última fila, no

Desde la última fila hay una vista panorámica de este juego de miradas.



hay espacio para nadie más, todo está ocupado. El fuerte olor a cigarro y las miradas de todos te dan la bienvenida a lo que parece ser el segundo círculo del infierno: la lujuria. Me siento como Dante sin Virgilio. Aquí la lujuria mira a quien entra. Aquí están el Semirámide, la Loca, el Dido, el Viejo, la Cleopatra, el Feo, la Helena, el Aquiles, el Paris, el Tristán, el Gordo, el Paolo Malatesta y la Francesca de Rimini. Todos ellos sentados en la fila de atrás y algunos parados en la puerta.

Miradas calientes

Pasó casi media de estadía en este averno lascivo y no parece haber diversión ni comportamientos exóticos de los cuales jactarse y aprender. A medida que pasan los minutos más personas van llegando y son hombres maduros de unos 40 años en adelante, señores de todo oficio: oficinistas de traje, tinterillos con documentos bajo el brazo, obreros con cuerpos morenos y robustos cargados de sus mochilas, parroquianos y viejos canosos que con su paso lento tardan más en acomodarse en la butacas. Proletarios y clasemedieros se entremezclan impulsados por un deseo común.

De repente uno se va hacia el baño, de inmediato otro va tras su rastro; la mujer que le hacía sexo oral al protagonista de la película se queda chica, porque esos dos, por unos segundos, se roban la atención de quienes están al lado mío. Dos espacios en la última fila quedan libres para ser habitados y me dirijo hacia uno de ellos antes que otro me lo capuje. Desde ahí puede verse otra película más real y en 4D. Se sienten olores corporales que se neutralizan con el humo del cigarrillo, manos que rozan primero la rodilla y van subiendo hasta llegar a la entrepierna, es toda una travesía donde cada centímetro es un espacio ganado y ofrecido como ofrenda a la mirada de Eros.

La mirada juega un papel determinante en el accionar de los *cruisers*, algunos autores lo denominan rituales de funcionamiento. “El *cruiser* responde a códigos y normas de comportamiento que se generan antes y después del acto sexual, como el anonimato y un conjunto de gestos y ritualidades que construyen una perspectiva diferente de la espacialidad. El *cruising* es una práctica espacial que



**Atrás, a nadie le importa la película, los latidos y las miradas se condensan en este ambiente.
Mientras avanza la noche, atrás faltan las manos para acariciar, rozar, tocar y masturbar.**

se genera por corporeidad”, afirma Luis Alonso Rojas. La teoría es aburrida, la práctica hace al maestro y el novato *cruiser* aprende mientras mira como miran los demás. Aquí las miradas, que tienen como soporte el cuerpo, definen si calientan o escarchan la libido. Desde la última fila hay una vista panorámica de este juego de miradas. Un “señor” trajeado bien parecido mira al de su lado que aparenta ser ejecutivo de alguna empresa importante; la barba y la calvicie primaria delatan el largo paso de ambos por esta vida. Mientras uno mira la pantalla, el otro le mira el perfil y luego a la inversa, hasta que ambos coinciden en una rauda mirada; después uno mira la rodilla del otro y este le corresponde mirándole también la rodilla. La teoría sufre una metamorfosis convirtiéndose en realidad. Se presenta ante mis ojos esta obra de arte viviente, una perfecta y bella transición entre la etapa selectiva (cuando ocurre la aceptación del acompañante) y la del contacto físico (la genitalización).

Cuando esta escena casual y fugaz se desarrolla, hay fuego de miradas en ambos flancos; dos hombres maduros esperan una mirada mía como respuesta. Más al fondo, un hombre de unos 60 años mira la escena, mientras le masturba el flácido miembro; su pudor lo obliga a taparse con su maletín, pero el brazo inquieto de su compañero casual delata su accionar; este luce contento de lo que él le ofrece. En ambos flancos hay viejos que me miran y yo me miro en ellos.

Son casi las 6 de la tarde y los de atrás estamos enajenados de lo que pasa en la pantalla gigante. La matiné llega a su inevitable ocaso; para algunos esclavos fugaces del deseo las miradas no fueron suficientes, no hubo buena faena para ellos esta tarde, quizá la tanda que se viene en media hora sea más productiva. Termina la película y se encienden las luces, algunos se apresuran en salir, otros se quedan a probar suerte en la siguiente proyección. Nos miramos las caras, la luz delata nuestras imperfecciones: algunos son viejos, otros gordos; unos somos morenos, otros indígenas, pobres, afeminados, cuerpos nada atractivos para la cultura gay. Uno de los viejos se pone a leer el periódico del día y le da una ojeada mientras el otro (igual viejo, moreno e indígena), que trae puesto un sombrero al estilo Indiana Jones, saca su celular y pone en altavoz una canción de Isabel Pantoja; de repente lo llaman y contesta, al parecer es su hija. Hay de todo por este lado. La luz

Termina la película y se encienden las luces. Nos miramos las caras, la luz delata nuestras imperfecciones: algunos son viejos, otros gordos; unos somos morenos, otros indígenas, pobres, afeminados, cuerpos nada atractivos para la cultura gay.



de la sala nos hace de nuevo personas comunes y corrientes, mientras esperamos la siguiente función para desatar nuestras habilidades de joder este espacio.

El administrador emerge de la boletería rumbo a la sala del cine para preparar la función de tanda. Me apresuro en irme más adelante para que no me vea atrás, junto a los otros; va hacia la puerta que dice “Salida de emergencia” y de ahí levanta la escoba y el basurero para limpiar los pasillos que separan las siete filas de asientos que hay en el cine. Al llegar a la fila de atrás, pregunta “¿ustedes son de la tanda?... ya terminó la matiné”, pero nadie le responde y él sigue con su tarea. Antes de limpiar los baños, despotrica con los que nos quedamos: “por favor, van a cuidar los baños, la otra vez habían dejado *condones* en el jalador, cómo van a ser así, si ven algo raro en el baño me avisan para que ya no les deje entrar”. Un silencio cómplice hace que esta prohibición del administrador nuevamente quede en el limbo. Entra al baño y solo él sabe con qué escena se habrá encontrado, solo se resigna a decir “qué cochinos, che”; sus palabras quedan obsoletas como el letrero que dice “Prohibido fumar”, cuando el humo del cigarro es parte intrínseca del paisaje en este lugar.

Siempre en la noche ¿no es cuándo los *cruisers* salen?

La tanda empieza puntual a las 6:30, se apagan las luces y empiezan a rodar la misma secuencia de películas pornográficas de la matiné. Para quienes nos quedamos es momento de pescar o ser pescados, porque el río parece revuelto. La sala que tiene una capacidad de 50 personas de a poco se va llenando, la magia del viernes y la seducción de la noche parecen propiciar este llenado casi total. “El día que más gente hay es el viernes, está a reventar, sobre todo las filas de atrás; sinceramente me considero muy selectivo para eso de los tipos y he encontrado gente atractiva y hay muchos para escoger y coger... (se ríe)”. Es Fernando, tiene 25 años; él relata que los demás días en el cine hay menos gente y más personas mayores de 40 años, por eso prefiere ir los viernes cuando hay de todas las edades (changos, jóvenes, maduros y viejitos). “Si están *buenones* los



El morbo de mirar se desborda y desesperadamente busco otro agujero para ver otro ángulo de este sexo en vivo; sin éxito, me conformo con la ranura que separa el piso de la puerta.

maduritos, por qué no”, afirma. Hay hombres de todos los colores y sabores, “aunque lo más que he llegado es a permitir que me hagan sexo oral, muchas veces he estado a punto de penetrar a algunos, porque el lugar y el ambiente *sexoso* y vulgar se presta para eso”.

Atrás, a nadie le importa la película, los latidos y las miradas se condensan en este ambiente. Mientras avanza la noche, atrás faltan las manos para acariciar, rozar, tocar y masturbar; otros se masturban a sí mismos, como haciendo una invitación para compartir su autocomplacencia. En la noche los *cruisers* salen; hay como 14 en las dos últimas filas: miran al de su lado, miran atrás, miran a quien acaba de llegar, después se levantan de sus butacas e intercambian lugares con otros para probar suerte, van y vienen del baño, salen de un baño y entran en otro como si hicieran una requisita para espiar a quienes desbordan su pasión en este lugar, que no es precisamente para cagar; algunos salen del baño en diez minutos y se acomodan a las filas de adelante como si nada hubiera pasado; poco tiempo después, se dan de baja, porque ya están satisfechos y se retiran del cine. Para otros la libido persiste y desde adelante siguen mirando a quien entra al baño o si en las filas traseras hay algún lugar disponible. “Si quieres coger solo le tienes que hacer un gesto con la mirada indicando el baño y ahí cogen, simple”, dice Raúl, un cliente asiduo de este cine pornográfico. Sin embargo, no es tan fácil como Raúl lo pinta. “Efectivamente no son muy limpios, pero creo que no es necesario sentarte para disfrutar de tu estadía ahí, hay que moverse para los baños”.

Los baños

Los baños de este cine pornográfico son dos; uno al lado del otro; las puertas de ingreso están tapadas por unas cortinas rojas para que no deje salir la luz que podría delatar a quienes están sentados cerca de ahí. Este espacio de 2x1 metros está dividido en dos ambientes; uno para miccionar y otro para lavarse las manos; pero los *cruisers* de la noche le dan otro uso. El espacio independiente donde está el inodoro es el lecho donde el *cruising* se consuma y encuentra su realización. Como testigo inmediato está una pared; la mitad está cubierta de azulejos blancos y

Este espacio de 2x1 metros está dividido en dos ambientes; uno para miccionar y otro para lavarse las manos; pero los *cruisers* de la noche le dan otro uso; el baño del cine pornográfico es el lecho donde el *cruising* se consume y encuentra su realización.



limpios y en el resto, de color negro, no pasan desapercibidos los números de celulares escritos con color blanco. Los *cruisers* no perdonaron ningún espacio para dejar su legado en un anuncio y los números corren también por el tanque de agua y por el tubo que baja hacia el inodoro, mientras en la letrina el orín descansa en paz. Las profundas respiraciones y los besos desesperados suenan como música nupcial hecha por ellos mismos. Todos estos elementos complementan el paisaje.

Al otro lado estamos los espías. Un hombre mayor y canoso, que vino tras mío, me dice:

– Están jodiendo.

– Sí.

– ¿Entramos?

– Pero está ocupado...

– Yo los saco.

– Déjalos que jodan.

Hasta ese momento solo podía ver por la ranura a los furtivos amantes; pero el viejo, como forma de resignación, me señala un hueco que hay en la puerta y por donde se puede espiar y se sale. El agujero no es mayor al grosor de un bolígrafo, pero deja ver la parte media de esos cuerpos; una boca y un pene están en primer plano. El morbo de mirar se desborda y desesperadamente busco otro agujero para ver otro ángulo de este sexo en vivo; sin éxito, me conformo con la ranura que separa el piso de la puerta; hay un par de pies poniéndose de puntillas, uno de ellos lleva zapatos formales y pantalón de tela. Pasaron más de 10 minutos y a otro *cruiser* se le había hecho justicia, solo quedan restos: en el basurero hay un condón usado repleto de semen, al lado su envoltura roja contrasta con los papeles higiénicos blancos; el lado trasero de la puerta negra fue bendecido con semen que se chorrea sobre otras eyaculaciones que dejaron marcas blanquecinas. Se siente un vacío fugaz, la única marca mugrienta que dejó el anonimato es la huella de un zapato sobre el inodoro.

Son casi las nueve de la noche y de a poco la sala se vacía; pero hay una hora y media más de función. Las manos calientes y las miradas continúan su cotidiano en las filas traseras del cine; me siento en una butaca para relajar las hormonas después de presenciar el sexo en 4D en el baño del cine. Los minutos pasan y el pudor se extingue en los *cruisers* que aún quedan, pasan de las miradas y los toqueteos, al sexo oral; los de adelante miran cómplices. La Loca, el Viejo, el Feo y el Gordo están dispuestos a ejercer por última vez sus dotes de *cruisers* y tomar la bastilla; la Loca se para en la puerta y en cuestión de minutos se lleva al baño a una de sus presas; tras ellos, como carroñero de la lujuria, el Viejo se apresura para ir a espiarlos; el Feo comparte su miseria y lo acompaña, para después errar de baño en baño; el Gordo se para en la puerta del baño como ofreciendo ser sacrificado al dios Eros, pero no logra seducir a nadie.

“Es mejor ligar aquí, es más directo, no es tanta vuelta”, corto y preciso, mientras se sube el pantalón en uno de los baños del cine y se despide. Su despedida coincide con la extinción de la tanda. Ya son las diez y media de la noche, las calles aledañas al cine están solitarias y vacías. Jannis Joplin decía “cada noche hago el amor con 25.000 personas en el escenario y luego me vuelvo sola a casa”; un sentimiento similar, pero a baja escala, me coge aquí.



Sanitizado

Sanitizado

Todo hombre al entrar en un baño donde sólo hay hombres participa, quiéralo o no, de la mariconería estelar.

Reinaldo Arenas / *El color del verano*.

El baño público masculino es el templo hedonista homosexual de la modernidad citadina. Depositario de flujos y deposiciones, el baño es la posibilidad del encuentro donde, además de descargar las toxinas corporales, se celebra la concupiscencia de lo *voyeur* a la que se entrega cada uno de sus miembros. Todo y todos confluyen en el baño público, hombres de todos los estratos sociales que se observan, reconocen y legitiman en mancomunidad homosocial. El espacio de los uriniales los ordena, propiciamente, uno al lado del otro, para medirse el pene, en competencia permanente, y aguantarse esas ganas de extender la mano para alcanzarse y “hacerse el favor”. Lo otro es el deseo homoerótico, homosexual o heterosexual, que circula mientras la competencia salpica de orines en la sacudida final. Lo que Paul B. Preciado considerara como “el terreno propicio para la experimentación sexual”²² opera en la práctica real y casi anónima de esos hombres que abren sus cremalleras para exponer sus sexos, como un mercado del sexo libre, a la mirada apetitosa de los placeres bucales que merodean los pasillos.

Después, esa mirada se introduce en un supuesto espacio privado donde deberá abrirse el ano para sus necesidades fisiológicas; pero, al mismo tiempo, se abre otra posibilidad para el mirar homoerótico. Lo *voyeur* se amplifica a través de los *glory hole*²³ de la cultura homosexual y se borran las fronteras físicas a través de ese penetrar en la intimidad del otro que se congrega al amparo de un único deseo. El ano, sugiere Paul B. Preciado, citando a Lee Edelman, “es orificio potencialmente abierto a la penetración, debe abrirse solamente en espacios cerrados y protegidos

²² En su ensayo “Basura y género. Mear / cagar. Masculino / Femenino”, Paul B. Preciado hace un análisis de los baños públicos, como dispositivos de control de género, a partir de la mirada feminista y *queer*.

²³ Agujero glorioso: agujeros en las paredes de los baños públicos de varones, entre letrina y letrina, con capacidad de recibir el pene o dar el ano para la práctica del sexo oral o anal.

de la mirada de otros hombres, porque de otro modo podría suscitar una invitación homosexual.” Abrir el ano, en el estricto sentido literal, exaspera la “ansiedad heterosexual”²⁴ que termina liberándose de esa pesada carga para entregarse a la coitalidad anatoria en un espacio que guarda ese gesto como secreto entre hombres. Por eso todo pasa por la mirada, una vez más, para aceptar esa invitación, pretexto, y recordar a los hombres sus años de sexo homoerótico que, inútilmente, intentan borrar de sus memorias y encuentran en el ojo maricón ese gesto placentero como pacto gozoso a sus deseos reprimidos.

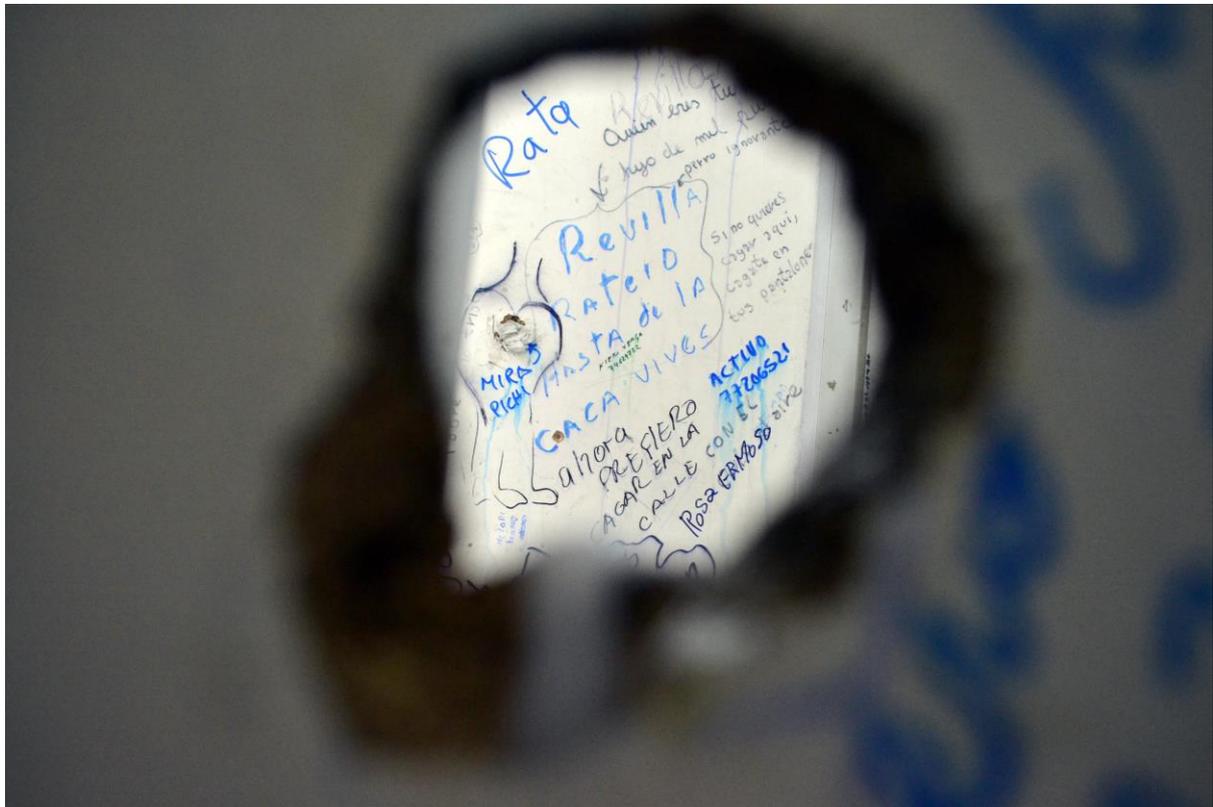
“Sanitizado”, mapear esa geografía del deseo maraco

Sanitizado era el nombre de un baño público en la primera cuadra de la calle Comercio de la ciudad de La Paz. Sin embargo, para muchos maricones, Sanitizado era el primer lugar de ambiente²⁵ que conocieron y, probablemente, también era el lugar donde tuvieron sexo, oral o anal, y besaron a otro hombre por primera vez. Demás está decir que muchos otros conocieron el amor en estas letrinas o, lo que en jerga de ambiente se llama, “al hombre de mi vida”. Su nombre hacía referencia a la higienización y desinfección del recinto y, evidentemente, era un baño que cuidaba la limpieza de sus espacios que olían, casi siempre, a lavandina y ambientador de lavanda. Su ubicación céntrica formaba parte de un circuito o cartografía de *cruising*²⁶ homosexual en la ciudad de los noventa y principios del 2000, cartografía que giraba en torno al reloj de la Pérez como eje central

²⁴ En su ensayo “Basura y género. Mear / cagar. Masculino / Femenino”, Paul B. Preciado plantea la ansiedad heterosexual como esa angustia por ser y cumplir como heterosexual incluso en el recinto del baño donde el hombre heterosexual abre el ano, en intimidad y alejado de la mirada o invitación homosexual.

²⁵ Espacios físicos o virtuales que reúnen a la colectividad homosexual, como bares, discotecas, saunas, cines porno, baños públicos, etc. Los baños públicos, que reúnen una colectividad homoerótica, no son considerados espacios TLGB, ya que la identidad higiénica de lo “gay” reniega de los mismos, aun así estas tomas de espacios públicos por parte de homosexuales, existen como gesto político de posicionamiento e interpelación a la enclenque norma heterosexual.

²⁶ Hacer *cruising*, buscar una pareja sexual, anónima, ocasional y en parajes callejeros o públicos. Actualmente también se usa para la búsqueda de sexo casual en Internet, redes sociales, salas de chat, anuncios erótico - sexuales, etc.



Lo *voyeurse* amplifica a través de los *glory hole* de la cultura homosexual y se borran las fronteras físicas a través de ese penetrar en la intimidad del otro que se congrega al amparo de un único deseo.

de ese circuito y que se distribuía entre baños públicos, bares y discotecas, antiguo mercado Lanza, cabinas de Internet “Las llaves”, plaza Alonso de Mendoza y toda la red de alojamientos aledaños a la avenida América. Una época en la que el acceso a Internet era un lujo y por tanto el deseo homosexual habitaba la calle y todos los espacios donde lograba congregarse la libido homoerótica que interpelaba y desestabilizaba la heteronorma social.

Sanitizado ya no existe. Fue clausurado, aproximadamente, entre el 2003 y 2004 junto a otros baños públicos, cabinas de Internet y espacios callejeros de sociabilidad homoerótica. La paranoia heterosexual, siempre dispuesta a controlar y anular deseos y prácticas no heterosexuales, colocó paredes de concreto, entre letrina y letrina, donde antes había cartón prensado con hermosos *glory holes* que aireaban y adornaban esos recintos. Cortó puertas de los baños, hacia abajo y arriba, para observar a sus ocupantes y evitar sus conductas homoeróticas. Puso guardias privados en el interior de sus recintos para controlar el tiempo de ocupación de los retretes, casi con cronómetro, y expulsar a quienes demoraban lo suficiente como para incitar a la joda homosexual. Los mismos guardias que vigilaban el perímetro y exigían usar el baño “como en el cuartel” sucumbieron a sus pasiones y se convirtieron en regentas y propietarias de los baños públicos, donde solo ellas y un selecto de grupo de amigas maracas podían joder. Con el pasar del tiempo otros baños fueron tomados por la urgencia hedonista homosexual a lo largo de la calle Comercio y en todo el centro de la ciudad. Pareciera ser que el *cruising* homoerótico, para homosexuales y heterosexuales, se instauró como parte de una cultura de masculinidad flexible que entrega el ano u ofrece el pene a una colectividad que renueva, constantemente, sus formas sensuales y sexuales de habitar la ciudad. Por eso es fácil encontrar estos baños en todas las ciudades o revisar rutas guiadas de *cruising* en Internet y, aun con aplicaciones como *Grindr* o webs especializadas, son tan vigentes como tan antiguo es el sexo entre hombres.

Hoy la cartografía del deseo homosexual ha cambiado, pero no ha abandonado los baños públicos que todavía se concentran en el centro de la ciudad. Puesto que no todos los baños son usados para estos fines y prácticas es necesario recorrer la ciudad o recurrir a la colectividad que



Por eso todo pasa por la mirada, una vez más, para aceptar esa invitación, pretexto, y recordar a los hombres sus años de sexo homoerótico que, inútilmente, intentan borrar de sus memorias y encuentran en el ojo maricón ese gesto placentero como pacto gozoso a sus deseos reprimidos.

recomienda ciertos baños, en horarios establecidos o no, por lo vacío del espacio, la cantidad de letrinas o el mínimo control que existe. Sin embargo, hoy como ayer, existe una constante vigilancia para regular el género o “rehacerse el género”, como dice Paul B. Preciado, en estos espacios públicos. Por ello las marcas de silueta de varón o silueta de mujer instauran la vigilancia en el espacio al que se cree pertenecer y, por otro lado, la mirada vigilante del personal de aseo o de los otros hombres de la colectividad sancionan, o hacen como que sancionan, toda desviación o desacato a la norma.

Y una vez atravesado el control de género se puede respirar y extender todas esas pulsiones homoeróticas que hacen al baño público, para ello basta ingresar a un cubículo y esperar. A medida que uno espera es posible notar y leer en las paredes toda la inspiración homofóbica machista versus la oferta homosexual hedonista de turno. Frases imperativas, producto del servicio militar obligatorio, que exigen entender la masculinidad como reducto y única posibilidad de pensar y hacer la patria, como por ejemplo: “Hacer patria: colgar gais sidosos”²⁷. Otras se atreven a sancionar la conducta homosexual con castigos propios de la inquisición contextualizados en la época actual y que interpela directamente al maricón que esperará sentado por el ofrecimiento de turno: “Te voy a meter palo de picota en el culo. Marica sonso de mierda”. Finalmente, están aquellas frases que analizan, concienzudamente, las prácticas anales con una visión apocalíptica para lanzar una sanción como juicio biológico: “Entre semen, saliva y mierda se divierten los maracos. ¿No les da asco?, malnacidos de mierda... Error de la naturaleza. Solo me hacen dar ganas de vomitar. Engendros (Búsquense una mujercita de verdad)”.

Por su parte, y para generar una suerte de diálogo en los lienzos, los homosexuales escriben tratados de amor y ofertas decorosas de sexo al paso, siempre diligentes y generosos con la carne para esos hombres que llegan en busca de “lo que se dé”. “Soy pasivo. Me visto de colegiala.

²⁷ Transcripción de anuncios reales en baños públicos del centro de la ciudad donde existe ligue homosexual, para su mejor entendimiento se realizó una edición ortográfica a los mismos.

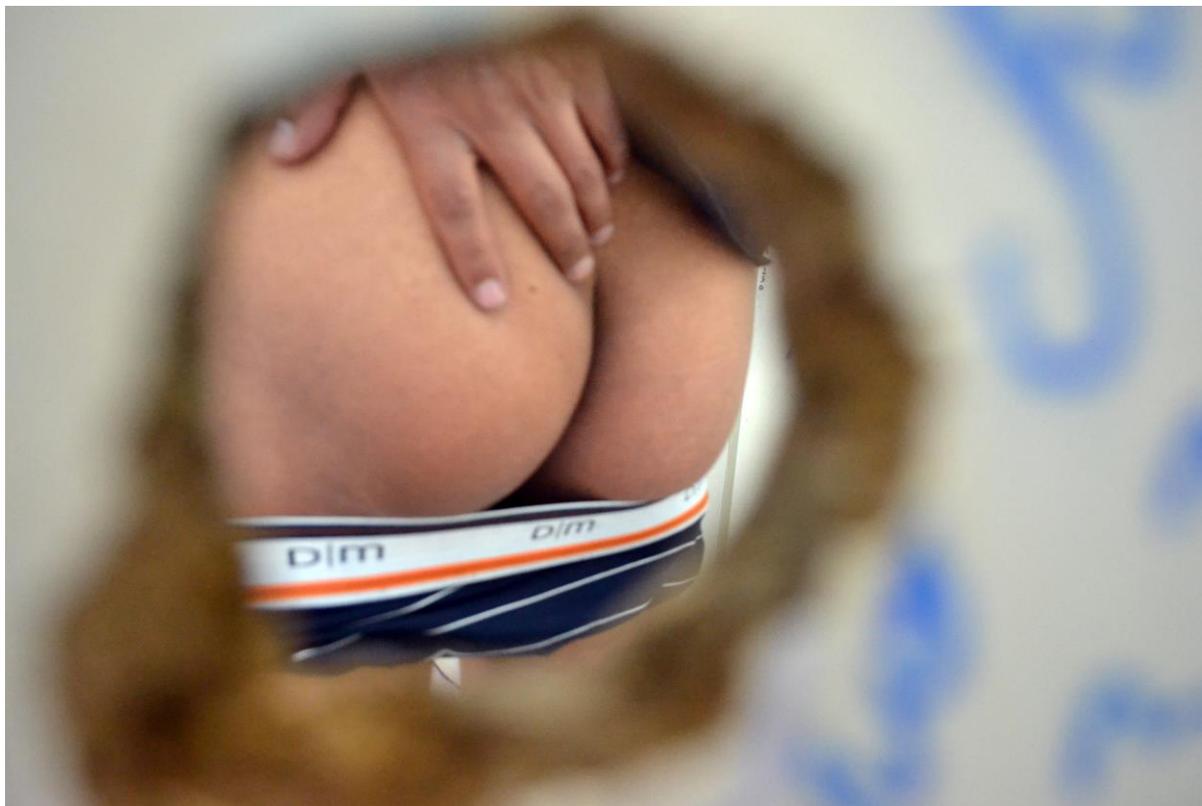


Lo segundo es aceptar la invitación. Para ello se recurre a los agujeros en las paredes que pueden ser hoyitos pequeños para el disfrute *voyeure* enormes con capacidad mayor y en categoría *glory hole*. Si ya hubo un primer contacto mediante la lectura de los zapatos, lo siguiente es leer el comportamiento y la mirada del vecino; por ejemplo mostrar el pene erecto son claras muestras de ofrecimiento sexual.

72080913. 01/12/16”, se puede leer en una de las paredes que intenta conservar su color blanco a pesar de todos los escritos en ella; la oferta destaca, entre muchas otras, por la calidad de su ortografía y por lo avezado de su propuesta. Otro anuncio enfatiza en la forma de sus glúteos e insta la impronta masculina, o hipermasculina, como objeto de deseo en el andar homosexual: “Chango con el potito redondo busca macho moreno. Llamar al 69777051. Whatsapp.” Y quizá el anuncio más sugerente y testimonial, el que yo habría escrito de seguir existiendo Sanitizado: “Aquí tuve sexo con un hombre por primera vez. Había sido rico un pichi en el culo”. En este punto cabe preguntarse por todos aquellos maricones que no fueron iniciados con dulzura, no tuvieron ningún primo a quien recordar, ni siquiera el amigo con quien hacerse el favor, ¿qué queda?, la historia del baño público y el doloroso recuerdo de ese sujeto desconocido.

***Voyeur, cruising y glory hole* o mirar, joder y chupar: instrucciones para abrir el ano correctamente**

En la película *O fantasma*, del director portugués Joao Pedro Rodríguez, Sergio, el protagonista, es un joven introvertido que trabaja recogiendo basura en la ciudad de Lisboa y busca sexo callejero con otros hombres en descampados, sitios abandonados, baños públicos, etc. Sergio casi no habla, pero se comunica mediante la mirada, los gestos y diferentes poses en los espacios públicos; es un ser misterioso, sensual y obsesionado con los hombres masculinos. En la escena del baño público Sergio se lava las manos, mientras observa a través del espejo a otro hombre en los uriniales. Sus miradas se encuentran en el espejo y Sergio se relame los labios invitándolo al sexo. El hombre entiende y asiente con la mirada, Sergio se acomoda al lado del hombre y le frota las nalgas, este se aferra a Sergio con todo el cuerpo intentando alcanzar su pene. En primer plano Sergio se baja los pantalones y descubre su enorme miembro, el hombre le observa, se arrodilla y comienza a chupar. En la película los hombres no necesitan hablar, los códigos usados para entender el encuentro sexual son las miradas, los manoseos, mostrar el miembro y las nalgas, y acaso un susurro en la oreja. Toda una erótica del lenguaje, no necesariamente verbal, desplegada en imágenes para el sexo callejero de estos hombres que sucumben en la fetidez del baño público.



Si uno prefiere tomarse el tiempo y viene leyendo Vanidades se puede empezar mirando a través del hoyo en la pared, si la mirada es devuelta, es decir, el otro mira nuevamente y hay un contacto visual, se establece el pacto y continúa el ritual. Volver a mirar significa “muéstrame tu pene”, el vecino lo hará, pero también mostrará el ano determinando los gustos coitales de preferencia.

En Sanitizado los códigos no eran distintos a los de la película. Sin embargo, ingresar a él ya era un logro pocas veces conseguido; se trataba de un baño en el segundo piso de un edificio antiguo de la calle Comercio y para llegar ahí uno debía atravesar varios negocios y, por tanto, varias miradas que sancionaban el discurrir homosexual. Todos sabían a lo que uno iba a Sanitizado, ya la fama del lugar se había extendido, pero nadie se atrevía a decir nada, solo varias miradas de acusación perseguían al maricón durante la entrada y salida del recinto. Si uno era una fichita, es decir, un visitante asiduo de los baños, tenía problemas en el ingreso con el personal a cargo. No te negaban la entrada, pero cuestionaban, mirando, los vicios homoeróticos a los que uno se entregaba. A primera vista Sanitizado era un baño de varones común y corriente, con un pasillo de loza blanca a la entrada, espejos y lavamanos en la parte izquierda, y urinales e hileras de baños en la parte derecha. Las letrinas estaban acomodadas para formar cuatro hileras de seis cubículos cada uno; su disposición, el enorme espacio y las paredes perforadas, permitían usar las últimas letrinas de cada hilera para disfrutar de esos placeres que congregaba el baño.

La hora pico o de mayor afluencia era a partir de las 18:00. Hordas de maricones de todas las edades negociaban, mediante agujeros en las paredes, felaciones, manoseos, sexo anal, lluvia dorada²⁸, sexo al pelo, citas sexuales en otros espacios y uno que otro enamoramiento. Si bien no existían amas y propietarias de los baños, uno podía toparse con maricones asiduos, fichitas que tenían la osadía de increpar la presencia de uno si acaso usurpabas la carne, el hombre, al que venían conquistando. De modo que existían códigos que se debían respetar, códigos que se aprendían a la mala, para lograr la armonía del lugar; alguna vez escuché decir, “la lealtad ante todo querida y los hombres alcanzan para todas”.

En el cubículo operan otros códigos, como sucedía en Sanitizado y sucede en el baño del mercado central de la ciudad. Lo primero es observar los zapatos del vecino, si lleva zapatillas es porque es joven, si las lleva gastadas es por alguna precariedad económica, si son de talla 42 alguna esperanza

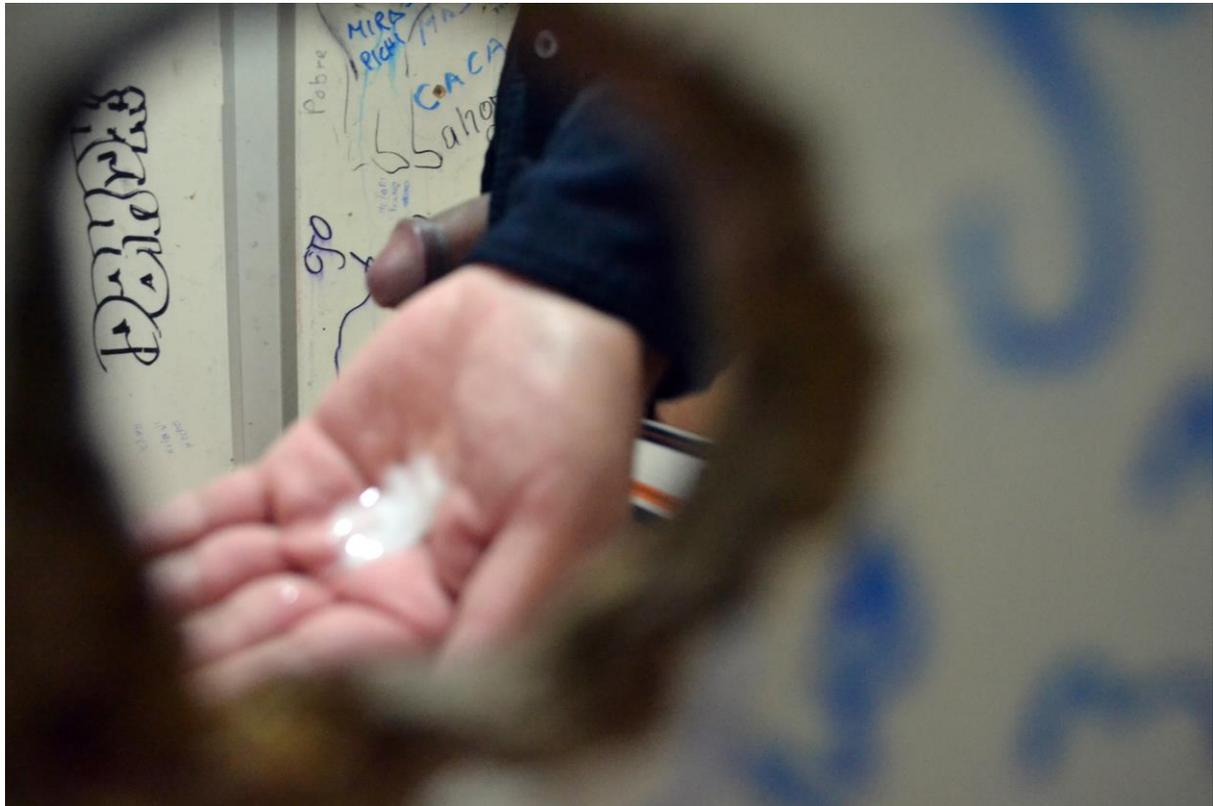
²⁸ Práctica erótica o de juego sexual en el que la persona disfruta de orinar sobre su pareja o ser orinada.



El siguiente nivel para este código es el miembro a través del *glory hole* expuesto a la urgencia bucal o anal.

de dotación alucinante que, muchas veces, es solo una ilusión. Los zapatos de ejecutivo, mocasines bien lustrados, acompañados de pantalones de tela indican la profesión del visitante, pero no es bueno dejarse llevar por este detalle, ya que cualquiera podría usarlos y, otras veces, estos ejecutivos, de costumbres raras, prefieren prácticas sucias, realmente sucias, en contraste con la pulcritud de su vestimenta. Algunos jóvenes usan zapatillas y otros, zapatos, botines de cuero revolcado, lo que está de moda, con pantalones licrados o chupines que son difíciles de quitar en caso de un encuentro pactado en un alojamiento aledaño. Alguna vez alguien llevaba chinelas mostrando los pies muy bien cuidados, lo que no significaba que fuera cambia, era el código que usaba para su fetiche. Leer los zapatos, todos, la forma como los usa, el movimiento que realiza, si se acerca, si sobrepone su zapato, si solo choca, si lo roza con la mano, si lo hace con el dedo del medio, si se mueve temblorosamente, etc., indica el primer contacto y lo que pueda sucederá después.

Lo segundo es aceptar la invitación. Para ello se recurre a los agujeros en las paredes que pueden ser hoyitos pequeños para el disfrute *voyeur* o enormes con capacidad mayor y en categoría *glory hole*. Si ya hubo un primer contacto mediante la lectura de los zapatos, lo siguiente es leer el comportamiento y la mirada del vecino; por ejemplo mostrar el pene erecto son claras muestras de ofrecimiento sexual. Aquí es necesario decidir, nadie obliga a nada en estos baños públicos, aceptas o rechazas la invitación. Si uno prefiere tomarse el tiempo y viene leyendo Vanidades se puede empezar mirando a través del hoyo en la pared, si la mirada es devuelta, es decir, el otro mira nuevamente y hay un contacto visual, se establece el pacto y continúa el ritual. Volver a mirar significa “muéstrame tu pene”, el vecino lo hará, pero también mostrará el ano determinando los gustos coitales de preferencia. Devolver ese gesto implica mostrar lo que el otro quiere ver para pasar al segundo nivel, en el que el gesto será el de una mano en movimiento, lo que significa “mastúrbate”. Las dimensiones reales de los miembros se observan en la masturbación; muchas veces el encuentro no pasa de eso, mirar, masturbarse juntos y eyacular. Otras veces un dedo quieto a través del *glory hole* significa “chupamela” y un dedo en movimiento, compromiso de sexo anal. El siguiente nivel para este código es el miembro a través del *glory hole* expuesto a la urgencia



Terminar en la boca del vecino a través del *glory hole* es un placer de otro nivel, sobre todo cuando tienes el rostro y parte del cuerpo pegado a la pared pensando en la cantidad de penes que habrán dejado su semen por el mismo sitio, como un hoyo negro que lo traga todo.

bucal o anal. Terminar en la boca del vecino a través del *glory hole* es un placer de otro nivel, sobre todo cuando tienes el rostro y parte del cuerpo pegado a la pared pensando en la cantidad de penes que habrán dejado su semen por el mismo sitio, como un hoyo negro que lo traga todo.

Lo tercero es llevar el encuentro del baño a otro espacio, es decir a un alojamiento, en el mayor de los casos, a otro baño, a otro cubículo o a la casa de uno. Este nivel implica cierta desconfianza, adrenalina y pasión por lo desconocido, por el desconocido. Para ello es necesario escribir mensajes en las notas del celular, porque no se puede hablar a través del *glory hole*; entonces se lo hace intercambiando los mensajes que cada uno muestra conforme los escribe. Alguna vez este intercambio se lo hace con papel y bolígrafo, y todo el encuentro toma un aire absurdamente romántico, porque además del mensaje se puede leer la caligrafía del desconocido, tocar sus manos, acariciarlas y manosearlas, mientras pasa el papelito por debajo de la pared que separa las letrinas. Preguntas frecuentes sobre los gustos coitales, la disponibilidad de espacio, en algunos casos el nombre, siempre falso, y el trato. “Te espero al frente del baño”, es lo común para quedar con el desconocido y esperar a su salida y saludarlo como quien se encuentra con un amigo. Disimular la homosexualidad y asumir la naturalidad del encuentro, nada puede fallar, solo otro homosexual sospecharía de ese encuentro, los demás nada, nada de nada.

Ser la fiesta de los hombres, todos los hombres

Todos los maricones, periféricos, callejean la ciudad en busca de sexo callejero. La ciudad se abre como un *darkroom* en el que entrar supone disponer de la carne homosexual para el deleite de lo desconocido. Hoy es fácil hacer un recorrido por el centro de la ciudad y “ver qué se da” en los baños de la calle Comercio para llegar al mercado Lanza y asomar el ojo como se asoma el pene. Subir y visitar antes los baños de la Evaristo, para llegar a la plaza Eguino y perderse en el subsuelo de esos baños para comprometer flujos lacrimosos ante desconocidos que eyacularán en pleno rostro a los cinco minutos en punto. Seguir subiendo hasta la avenida América en busca de esos nuevos baños que alguien dijo que había en algún callejón y que eran más espaciosos y más



Todos los maricones, periféricos, callejean la ciudad en busca de sexo callejero. La ciudad se abre como un *darkroom* en el que entrar supone disponer de la carne homosexual para el deleite de lo desconocido.

cómodos, y que no controlaban y que iban solo activos dotados y que hacían orgías fabulosas donde todos se bañaban en una extraordinaria fiesta seminal que no terminaba nunca, seguir subiendo creyendo en esa fiesta y pensando en ser la fiesta.

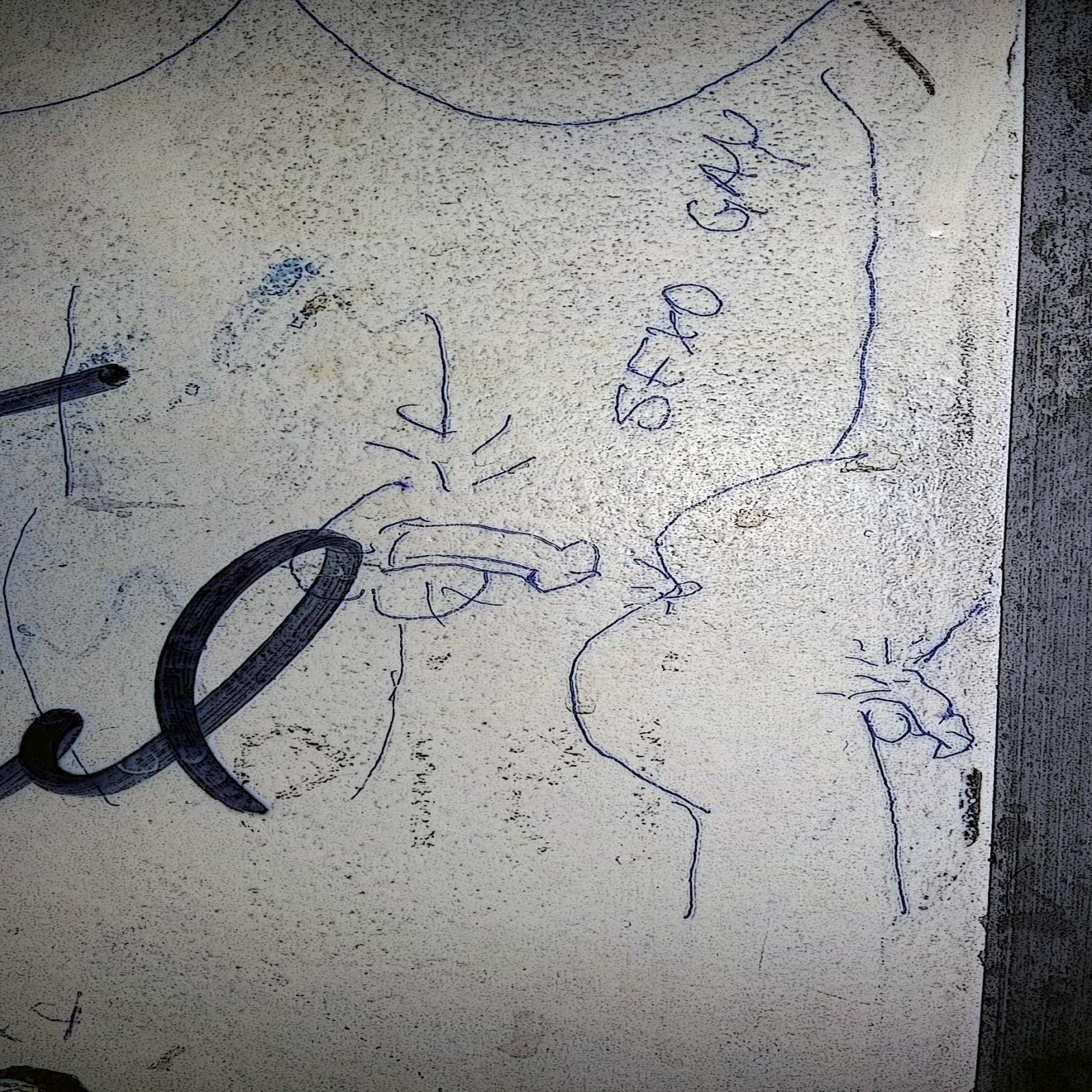
En la nomenclatura homosexual la fiesta de la carne es el *cruising* que define la conducta gay, pero los gais de clase acomodada, los que salen en la tele, los que usan ropa de marca y van a Energym a sudar la camiseta, los que compran con tarjeta de crédito, los moral y políticamente correctos, los que sueñan con el matrimonio y el crucero gay, esos que crían perritos caniche con *purina dog chow* y no usan los baños públicos sino para escupir o vomitar el exceso de kilocalorías ingeridas, niegan estos espacios y sancionan el discurrir homosexual en ellos como “prácticas impropias que generan estigmas alrededor de lo gay”, lo eclesiásticamente gay. Sin embargo, cuando la ciudad duerme y esos mismos gais, pasados y cansados de alcoholes y otras sustancias con las que espolvorean sus narices, buscan, en lo lumpen, la expiación a su condición homosexual, terminan regentando y expropiando diferentes boliches, baños públicos y alojamientos del nuevo circuito de *cruising* en la ciudad. Y cuando la fiesta se acaba y no han hecho otra cosa que caer donde otros resbalan y viceversa, se retiran silenciosamente tratando de mantener el decoro y asumiendo que la elegancia, su elegancia, es la negación absoluta detrás de unas gafas oscuras para el sol de mediodía.

A ello se suma la arrogancia “*gay friendly*” de la ciudad, pero no cualquier ciudad, “la ciudad cosmopolita del orden y las buenas costumbres, de la homosexualidad amansada, normalizada, donde se puede hacer cualquier cosa siempre y cuando se la haga en el lugar dispuesto para ello, se pague la entrada y se mantenga la modestia correspondiente”²⁹. El proyecto de ciudad capitalista, “inclusiva”, que vende el mundo moderno a la colectividad TLGB que se cree el

²⁹ En el ensayo “Se la van a tener que seguir bancando” de Sigifredo Leal, en la revista sudaca, marica, argentina, AII. El ensayo, a modo de manifiesto, hace una crítica a la domesticación moralizante TLGB, especialmente gay, respecto de las “teteras” que son baños públicos, en el lunfardo argentino, donde existe un despliegue erótico de sexo homosexual.

cuento, como cuento de hadas, del orgullo gay, los guetos gay, el diputado gay y hasta la bandera gay. Nada más manso que ordenar a esta colectividad y cerrar las puertas de cafés o boliches para permitir, entre cuatro paredes, esa libertad sexual anhelada. Nada más manso que inventar la ilusión de “ciudad arcoíris” y reivindicar la tolerancia como la hipocresía socialmente aceptada.

Y sin embargo, la otra ciudad, donde la fiesta es permanente, se abre en sus calles oscuras ansiosa de sexo malandro y homosexual, donde abrir el ano, con la decencia correspondiente, es pensar la muerte, o coquetearle a la muerte, como la posibilidad total del placer. Ciudad que desata su furia en la incorrección de los baños públicos que acumulan recuerdos seminales entregados a la intemperie excrementicia de ese recinto coital que se coge al que lee, al que mira, al que devora, al que, pensando en el amor, recibe la embestida foucaultiana como todo un caballero.



SEED

GAP